

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

trágica reunión

vic logan



Del reloj de la estación de San Francisco faltaban sólo cinco minutos para la salida del tren.

La pareja llegó con el tiempo justo.

Ella vestía un conjunto juvenil de falda corta, que le sentaba perfectamente gracias a las bonitas piernas que podía lucir. Una ajustada blusa completaba su sencilla vestimenta.

En la mano un pequeño bolso de viaje que al decir de Dan, era una cómoda en miniatura, con todas las ventajas de tan arcaico mueble y sin ninguno de sus inconvenientes, porque en aquel bolso había de todo.

Dan era el hombre que la acompañaba. Joven con buena línea, vestía un traje claro deportivo de forma impecable. Llevaba una maleta negra que parecía pesar bastante.



Vic Logan

Trágica reunión

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1027

ePub r1.0

Lds 04.02.18

Título original: *Trágica reunión*

Vic Logan, 1970

Cubierta: Jorge Samper

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Del reloj de la estación de San Francisco faltaban sólo cinco minutos para la salida del tren.

La pareja llegó con el tiempo justo.

Ella vestía un conjunto juvenil de falda corta, que le sentaba perfectamente gracias a las bonitas piernas que podía lucir. Una ajustada blusa completaba su sencilla vestimenta.

En la mano un pequeño bolso de viaje que al decir de Dan, era una cómoda en miniatura, con todas las ventajas de tan arcaico mueble y sin ninguno de sus inconvenientes, porque en aquel bolso había de todo.

Dan era el hombre que la acompañaba. Joven con buena línea, vestía un traje claro deportivo de forma impecable. Llevaba una maleta negra que parecía pesar bastante.

Norah solía decir que al revés de muchas parejas, en su caso era Dan el que solía retrasarse.

—Nos quedan cuatro minutos —dijo ella jadeando.

—Más vale cuatro minutos antes que uno tarde...

—¡Vaya! Todavía guasitas —replicó ella.

Dan se volvió hacia un mozo.

—¿Es el tren para Ilderville?

—Sí, señor.

Se detuvieron a la puerta de un vagón y Dan dejó la maleta en el suelo.

Un empleado estaba en la puerta consultando el reloj. Faltaban tres minutos.

—Hubiera sido divertido llegar tarde. ¿No? —sonrió él.

—¡Qué cosas tienes! Tanto como nos ha costado todo y... —Lanzó un soplido—. Estoy toda acalorada. Me has hecho correr todo

el camino.

—Estás muy guapa.

—Debo estar hecha una facha. Y me gustaría causar buena impresión.

—Tú causas siempre la mejor impresión.

Norah abrió el abultado bolso y buscó un pañuelo entre un revoltillo de los más heterogéneos objetos.

Quizá lo más disonante de aquel bolso era el frasco que contenía un polvillo blanco y en cuya etiqueta podía verse una calavera.

Pero aquélla tampoco era la única cosa poco común en un bolso femenino, porque entre la barra de labios, los polvos de maquillaje, una toallita, peine, limpiaúñas, cajita de labor, etcétera, etcétera y etcétera apareció también un pequeño revólver del calibre 22.

—Deberías ser más cuidadosa —sonrió él.

Ella consiguió al fin hacerse con un paquete de *tissues* y extrajo una para limpiarse la frente.

El papel impregnado de suave y refrescante agua de colonia hizo aspirar a Dan.

—Me gusta este olor.

En el reloj faltaba únicamente un minuto.

—Es la hora —sonrió ella.

Dan la miró profundamente y sin perder su sempiterna sonrisa la tomó por los hombros y la atrajo hacia sí.

Se besaron.

El segundero iba corriendo y sus bocas seguían unidas.

El empleado del tren consultaba su reloj y parecía impacientarse.

Ellos como si no hubiese nadie más en la estación, seguían unidos en aquel largo y apasionado beso.

Hasta Norah parecía haber perdido la noción del tiempo.

Y allí boca a boca consumían los últimos segundos.

La gente no existía para ellos, vivían únicamente para sí mismos.

Al fin y al cabo aquella escena era bastante corriente a la puerta de un tren. Una despedida.

Lo que ya no resultó tan corriente fue lo que ocurrió luego.

Sonó el silbato que daba salida al convoy.

Dan colocó la maleta en la plataforma ante el suspiro de alivio del encargado.

Ayudó a que Norah subiera a la plataforma cuando el moderno convoy comenzaba la marcha.

El empleado iba a cerrar la puerta, cuando Dan con agilidad trepó hacia la plataforma.

—¡Oiga! —murmuró el empleado—. No podrá bajar.

—Ni lo deseo —sonrió tranquilamente Dan—. La señorita y yo vamos al mismo sitio.

El empleado bufó como un gato.

No comprendía el porqué de aquella despedida si al fin y a la postre ambos hacían el viaje juntos.

Dan tomó la maleta y pasaron al interior del vagón. Había sitio de sobras en la clase segunda y ocuparon uno de los asientos dobles al lado derecho del pasillo.

Se miraron unos instantes. El, para mayor comodidad se abotonó su chaqueta y al quedar abierta, Norah desde la derecha podía ver perfectamente la pistola automática que colgaba de la funda sobaquera del hombre.

—¿Qué tal? —sonrió él con naturalidad.

—Estoy un poco nerviosa.

—Todo saldrá bien.

—¿Seguro que no sospechan?

—Claro que no, querida. Todo está en orden.

Ella frunció el entrecejo.

—Bueno, no pienses más en esto. Ahora ya no es posible volverse atrás. Saxon confía en nosotros.

—Di la verdad. El no sabe que yo voy contigo.

—Eso no tiene nada que ver. Y no pienses más en ello. El «asunto» no empezará hasta mañana.

Ella sonrió.

—¿Tienes el plano?

—En la cabeza.

—¿Te fue difícil conseguirlo?

—No. Utilicé la peluca pelirroja y el bigote francés. Me habría gustado hacerme una foto. Te aseguro que ni tú misma podrías reconocerme.

Dejaron de hablar. El tren había incrementado su velocidad hasta alcanzar la considerable marcha de ciento veinte kilómetros por hora.

—¿Cuánto tardaremos?

—Una hora en tren hasta la estación de Ilderville, luego unos veinte minutos en taxi. La casa está un poco apartada.

Tras otra pausa ella miró el interior de la chaqueta del joven.

—¿Crees que... que será necesario usar esto?

El se abotonó de nuevo la prenda y murmuró:

—Espero que no. Éste será un trabajo limpio.

El tren aumentó la velocidad. San Francisco quedaba ya un poco más lejos.

CAPÍTULO II

El taxi rodeó el bien cuidado césped del jardín sin puertas, que conducía hasta la explanada frontal de la casa.

Era una residencia construida con gusto exquisito que, entre otras cosas, demostraba que su dueño era persona adinerada, circunstancia a la que unía un exquisito buen gusto.

Tres escalones daban acceso a la puerta principal de la casa. El resto del frontis se componía de cuatro amplios ventanales con cristales de seguridad y en el extremo opuesto otra puerta secundaria.

El mayordomo descendió los tres peldaños de la entrada principal y se acercó a la pareja que había quedado al pie de la corta escalera.

—¿Qué desean? —preguntó con voz metálica observando detenidamente a los recién llegados.

Dan se fijó en el hombre.

Vestía pantalón negro, camisa blanca y un jersey con mangas y sin botones con cuello redondo. No llevaba corbata.

No era de extrañar puesto que el dueño de la casa no estaba y por la mañana no debía ser costumbre de la casa recibir visitas.

Dan pensó —ya lo había pensado cuando días atrás fingiéndose enviado del arquitecto y con un rostro completamente distinto había ido a la casa con una excusa, aunque en realidad sacara los planos de la planta y piso que componían el edificio—; pensó pues, que aquel hombre no se parecía en nada a la clásica estampa de los mayordomos de las películas o las novelas.

Cerca de la cuarentena, alto, enjuto, tenía algo indefinido en su persona, por lo que cualquiera habría podido asignarle la profesión menos imaginable excepto la de mayordomo.

Quizá lo que le faltaba era clase.

O tal vez era una cuestión simplemente de fisonomía.

En la vida real un mayordomo no tiene que estar cortado precisamente por un patrón *standard*.

A la pregunta del criado, pues. Dan replicó:

—Me llamo Dan Corbett, y soy el camarero que el señor Harper solicitó para la fiesta. Mi... ejem, mi hermana, la señorita Norah es la doncella.

—Acompañenme, por favor. Entrarán por la puerta de servicio.

El mayordomo tomó la delantera sin ninguna ceremonia y les condujo por la parte lateral de la casa hasta una puerta situada debajo de una marquesina.

Tenía cristales biselados desde lo alto hasta la mitad y el resto era de madera de buena clase y resistente a la intemperie.

Les franqueó la entrada y en el umbral murmuró:

—Mi nombre es Courtaine. Deberán llamarme señor Courtaine.

—De acuerdo, señor Courtaine —sonrió Dan.

El mayordomo avanzó de nuevo cruzando el umbral.

Les mostró el pequeño vestíbulo y a continuación la amplia cocina y respectivo *office*.

Junto a la cocina una puerta y un corredor con tres dormitorios.

—Elijan las habitaciones que deseen. Sólo estarán ustedes en la casa en lo que a servidumbre se refiere.

—¿Está el señor en casa? —preguntó ella.

—El señor Harper no llegará hasta esta noche. Si él no les llama no tiene por qué verle. De la servidumbre me encargo yo. Cualquier duda que tengan en el trabajo o en lo que sea consulten conmigo. A final de mes seré yo también quien les entregue la cantidad estipulada.

—Perfectamente.

—Dos días libres a la semana. Si tienen alguna necesidad y se puede arreglar no me importará concederles permiso para cambiar dichos días. Espero que cumplan y de este modo nos llevaremos todos bien. El señor es bastante exigente, procuren esmerarse. Sobre todo usted, Dan. En la agencia dijeron que tenía una gran experiencia como camarero. Y barman además. Al señor le encantan los combinados. Es un experto y desea qué estén al punto.

—Procuraré complacerle, señor Courtaine —replicó cortésmente

Dan.

El mayordomo se retiró y al cabo de un instante, solos los dos en la cocina, el joven abrió los brazos, dio un paso de *ballet*, hizo una reverencia hacia la puerta y en todo ese ejercicio dijo:

—Adiós, señor Courtaine, a sus órdenes, señor Courtaine, usted lo pase bien, señor Courtaine. ¡Váyase al diablo, señor Courtaine!

—¡Calla, puede oírte! —susurró ella.

Todavía con los brazos extendidos Dan alcanzó a Norah, la abrazó y la estrujó contra sí.

Apoyada contra el pecho de Dan, a Norah le faltaba más de un palmo para tocar con los pies en el suelo.

—Bájame, bájame —pidió ella—. Si entra y nos ve así se extrañará mucho de que dos hermanos estén...

No la dejó concluir. Acercó sus labios a los de la joven y ella perdiendo la noción de todo entregó los suyos entreabiertos y ambos se fundieron en uno de aquellos besos exclusivistas, interminables.

Apenas se habían soltado apareció el mayordomo, que les observó unos momentos.

—Me olvidaba... Esta noche deberá dejar dispuestas tres habitaciones. Mañana llegan invitados a pasar el fin de semana.

«Lo sabíamos», pensó para sí, Dan, pero se limitó a replicar:

—Descuide. Quedarán contentos con mi hermana. En lo de la «limpieza» no hay quien le gane.

El mayordomo volvió a retirarse, aunque al llegar a la puerta se volvió para decir:

—Dan. Si oye sonar el teléfono cójalo. Yo voy un momento al garaje. El señor me encargó de un repaso a uno de sus automóviles.

—Vaya tranquilo, señor Courtaine. Si no le molesta saldré para hacerme una idea de cómo es todo.

—Luego, Dan. Yo mismo le enseñaré la casa. No hay prisa.

Se retiró.

Dan de nuevo con la puerta cerrada se inclinó en una grotesca reverencia.

Ella, situada en una ventana murmuró:

—Mira. Por ahí va.

—Eso quiere decir que estamos solos —replicó él.

—Sí...

—Pues no te muevas, voy a echar un vistazo.

—Ten cuidado.

—No te preocupes. Sé bien lo que me llevo entre manos.

Dan salió de la cocina, miró en todas direcciones y avanzó por el paso que comunicaba con el gran y suntuoso salón.

Pasó por delante del arco que separaba aquel espacioso *living* del comedor especial. Luego, un corredor breve con la puerta del despacho del dueño de la casa. Otra puerta que encerraba una biblioteca muy notable y una habitación destinada a museo. Sí. Porque el propietario era un coleccionista de los objetos más heterogéneos.

Trofeos de caza, pinturas, miniaturas chinas, trabajos de filigrana hechos por artesanos japoneses, armas de diversos países, tiempos y estilos y un sinfín de objetos extravagantes, caros, o sencillamente insólitos.

Abrió cuidadosamente la puerta con un pañuelo para no dejar huellas y pasó dentro de esa estancia de antiguallas y rarezas.

Estaba a oscuras. Era la única habitación de la casa que tenía tapiada la ventana.

Por lo visto el propietario consideraba que la luz del día estaba reñida con todo cuanto allí encerraba.

Abrió la luz y después de dar una mirada general por toda la estancia, sus ojos se detuvieron en un objeto que no sobrepasaba toda rareza.

Era algo que en aquella habitación no podía desentonar del todo, pero aun así no acababa de encajar estéticamente.

Al menos así pensó Dan cuando descubrió en el suelo, tendido de costado el cuerpo de un hombre. Estaba muerto.

CAPÍTULO III

—¿Asesinado? —murmuró Norah con los ojos abiertos como platos.

—Le golpearon con algo contundente. Una estatuilla de bronce tal vez. ¡O vete a saber!

—Esto empieza mal —replicó ella.

—Sí. La verdad es que no contaba con un cadáver.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada. Ver y escuchar.

—¿Le conoces?

—¿A quién? —inquirió él entregado a sus pensamientos.

—Al... al muerto.

—No. No le conozco. Es un extraño para mí.

Ella dio unos pasos con cierto nerviosismo. Al mirar a la ventana anunció:

—Ahí viene de nuevo el mayordomo.

Con una sonrisa burlona en los labios y adoptando una voz de sonsonete, Dan murmuró:

—Hay un cadáver en el cuarto de los trastos, señor Courtaine. ¿Lo hacemos desaparecer o lo entregamos a la policía?

—No sé cómo puedes mostrarte tan indiferente si de veras hay un muerto en la casa.

—¡Ya lo creo que lo hay! Y me extrañaría que los interesados no lo supieran.

—¿Tú crees...? —empezó ella.

—¡Claro, nena! Tanto el mayordomo como el dueño de esto tienen que estar perfectamente enterados del crimen. Pero dudo que hayan avisado a la policía local.

—Quizá sea mejor. ¿No? —balbució Norah.

—Para nosotros sí —asintió Dan. Se quedó pensativo unos

instantes y como si hablara consigo mismo añadió—: Ese hombre ha muerto hace muy poco tiempo... ¿El mayordomo tal vez se encargó de...? —Otra pausa para dar rienda suelta a su imaginación y continuar su especie de soliloquio—: ¿Quién sería ese hombre... y por qué le «liquidaron»?

—Norah dijo de pronto:

—Dan... Esto no estaba previsto, ¿verdad?

—Mi querida Norah. Por extraño que parezca, la muerte es algo que nadie prevé, sobre todo al que le llega... Por ejemplo, piensas que en cualquier momento podrían asesinarnos a nosotros.

Norah tragó saliva:

—Te ruego que no bromees.

El se acercó y la abrazó. Norah se acurrucó en el pecho del hombre que estuvo acariciándola un buen rato.

—Eso de asustar a las chicas da buenos resultados...

Posó sus manos en el talle y la atrajo con más fuerza.

—¡Oh! Se ve que tienes experiencia.

—No seas mal pensada —sonrió él y buscó los labios de Norah a la que ya parecía haber pasado el susto.

—En serio, Dan —dijo después que él hubiera apartado su boca de la suya—. Todavía estás a tiempo de dejar esto.

—No, querida... Hay mucho dinero de por medio, no lo olvides. Es la oportunidad que he estado esperando durante toda mi vida. Además, cuando empiezo una cosa me gusta terminarla, sobre todo si me pagan bien.

—Pero el riesgo...

—¡Calla! Creo que alguien se acerca.

Se soltaron.

Fingiendo un repentino interés por el jardín, Dan se acercó a la ventana, dando la espalda a la puerta. Norah se ajustó el coquetón delantal blanco que resaltaba sobre la corta falda del negro vestido de seda reluciente.

El mayordomo hizo acto de presencia.

—Ahora si quieren venir conmigo les mostraré la casa. Usted puede empezar la limpieza, Norah.

—Sí, señor —sonrió ella haciendo una estudiada inclinación, digna de una actriz que estuviera representando.

Courtaine les llevó a través del corredor que era más bien un

ancho paso hasta el gran salón, de donde pasaron al comedor, luego al gabinete, y posteriormente el mayordomo les indicó una puerta:

—Es el despacho del señor Harper. De su limpieza me ocupo yo personalmente. Así es que no deben entrar en esta habitación bajo ningún concepto.

Asintieron y Courtaine tomó la delantera para conducirles hasta la escalera que daba acceso a la planta superior.

Era de allí donde arrancaba el comedor de las tres puertas, tras una de las cuales, en el cuarto-museo, se encontraba el cadáver que momentos antes había descubierto Dan.

—¿Qué hay por aquí? —inquirió el joven sin imprimir demasiado interés a la pregunta.

—Nada... Son dependencias que utiliza el señor Harper para sus cosas. De momento no tienen por qué verlas.

—Si mi hermana tiene que limpiar... —empezó Dan sin dejar de sonreír.

—No, de momento —cortó el mayordomo—. ¿Me siguen?

Empezó a subir la escalera.

El piso constaba de un amplio corredor con cuatro dormitorios, todos ellos con su baño correspondiente.

El que pertenecía al dueño de la casa era el más espacioso y a la vez tenía trazas de estudio, sala de estar, biblioteca y salón-bar, todo perfectamente combinado y puesto con evidente gusto. Los muebles y enseres, eran desde luego caros.

Terminaron la fugaz visita a la parte de la casa que les enseñó Courtaine y éste anunció que estaría en el despacho de su jefe y que no le molestaran bajo ningún concepto.

Cuando Dan y Norah quedaron solos, el joven murmuró:

—Comienza tu trabajo, pero no te alejes de aquí. —Miró alrededor y se fijó en un magnífico mueble tocadiscos situado en un ángulo del salón junto al bien surtido bar—. Déjalo en marcha. Si Courtaine sale, ponlo bien fuerte. Seguramente se molestará. Te disculpas y en paz.

—¿Qué te propones?

—Volver al cuartito ése. Pero no quiero que nadie me sorprenda. Lo de la música servirá de aviso. ¿De acuerdo?

Por toda respuesta ella sonrió. Dan le guiñó un ojo y desapareció hacia el corredor para entrar nuevamente al cuarto del cadáver.

Abrió la puerta y su mirada se puso al lugar donde debía estar el cuerpo.

Tuvo ocasión de llevarse la segunda sorpresa de la mañana.

No había ni rastro del cadáver.

CAPÍTULO IV

—Pero él no ha tenido tiempo de hacerlo —murmuró Norah refiriéndose al mayordomo.

—Lo cual prueba de que hay otra persona en la casa.

—¿Quién?

—No lo sé, pero apuesto a que mientras Courtaine nos enseñaba la parte de casa que le convenía, alguien cuidaba de hacer desaparecer el cadáver.

—¿Tiene alguna otra entrada esa habitación?

—No que yo sepa. Pero ten en cuenta que cuando hice el plano de la casa, no tuve demasiado tiempo en detenerme en las habitaciones... Me habría gustado saber quién era el muerto y por qué le mataron.

—¿Un ladrón, tal vez? —aventuró ella.

—Sería mucha casualidad, y en todo caso les resultaba más cómodo avisar a la policía.

—¿Crees que Harper quiere tener tratos con la policía?

—¿Por qué no? Oficialmente es un ciudadano respetable.

Estaban en la cocina y el mido clásico de un motor de coche les interrumpió. Ambos se acercaron a la ventana para ver el automóvil que se acercaba.

Le vieron rodear el parque. Era un descapotable color claro. Al volante iba un hombre maduro, pero perfectamente cuidado, elegante, mundano.

Dan murmuró:

—Ahí está Terence Harper.

Courtaine salió de su despacho para ir a recibir a su jefe.

Le franqueó la entrada murmurando:

—Han llegado el camarero y la doncella. ¿Quiere hablar con

ellos?

—No es necesario. ¿Qué tal son?

—No sé... Llevan apenas un par de horas en la casa. Son jóvenes.

—Veamos qué tal prepara los combinados.

—¿Un *bloody-Mary*? —inquirió el mayordomo.

—Sí. No me vendrá mal. ¿Alguna novedad?

—Ninguna.

—Vamos a mi despacho. ¡Ah! Antes quiero el combinado.

—Sí. Ahora mismo.

El mayordomo se dirigió a la cocina para pasar el encargo de su jefe al camarero.

Inmediatamente regresó al despacho.

A Dan le hubiese sorprendido bastante oír la conversación entre jefe y sirviente.

—No hay por qué fingir. No estaban escuchando —dijo Courtaigne.

—¡Maldita sea Paul! —exclamó Harper perdiendo aquella compostura que le daba el porte de caballero educado—. ¿Cómo diablos pudo enterarse Stroud de lo nuestro?

—No lo sé. Y lo he estado pensando, Terry. Lo nuestro no podía saberlo nadie.

—Di mejor que lo sabemos demasiados...

—Pero a todos nos conviene callar, ¿verdad?

—Hum... ¿Dónde está Campbell? ¿No ha regresado todavía?

—No.

—Oye. ¿Estás seguro que ni el camarero ni la doncella han visto...?

—No han tenido tiempo, Terry. No les he enseñado el cuarto.

—¿Qué diablos estará haciendo Campbell! ¿Cuánto tiempo necesita?

—Bueno... No es fácil hacer desaparecer un cadáver.

—Hay que liquidar el asunto cuanto antes. Stroud vino solo, pero estoy seguro de que alguien está detrás de él.

—¿Quién?

—Si lo supiera no me estaría devanando los sesos, Paul.

Unos golpes en la puerta anunciaron al camarero que llegaba con una bandeja y el cóctel pedido por Harper.

El mayordomo, adoptó la compostura de tal.

—¿Desea algo más, señor? —dijo, cuando Dan había recibido ya la orden de entrar y dejar el *bloody-Mary* sobre una mesita auxiliar del despacho de Harper, tan bien acondicionado como el resto de la casa y en perfecta armonía con el buen gusto que reinaba en toda ella.

—Nada, Courtaine. Puede retirarse. Usted quédese. ¿Cómo se llama?

—Dan Corbett, señor.

—Bien, Corbett... ¿Le han dicho que voy a tener invitados?

—Sí, señor.

—Voy a dar una fiesta. Durará varios días, luego tal vez emprenda un viaje, no lo sé. Naturalmente usted cobrará todo el mes, aun en el caso que al terminar la fiesta decida prescindir de sus servicios.

—Sí, señor. Ya me lo advirtieron en la agencia de San Francisco.

Harper tomo un sorbo del rojo combinado. Paladeó con aire de entendido y dio su aprobación.

—Me gusta, Corbett. No todo el mundo sabe preparar un mejunje de éstos en su justa proporción. Me ha acertado usted el gusto.

—Me halaga oírlo, señor.

—Puede retirarse.

Dan obedeció.

Al quedarse solo, Harper llamó otra vez al mayordomo.

Cuando Courtaine cerró la puerta del despacho, el dueño de la casa murmuró:

—¿No te resulta familiar ese camarero?

—No.

—Tiene un aire extraño... No acabo de comprender. Sabes que tengo buen ojo para las personas.

—¿A qué te refieres?

—No sé, pero vigílalo... Tengo la impresión de haberle visto antes de ahora.

—Lo haré, descuida... Aunque, francamente no me recuerda a nadie —murmuró el mayordomo, alejándose.

CAPÍTULO V

Campbell venía a ser el secretario de Harper, aunque por su aspecto lo mismo hubiese podido ser tomado por un *play-boy*

, o cualquier otro de tipo de desocupación.

Cuando Dan se cruzó con él al ir a servir un *whisky* a Harper, antes del almuerzo, el secretario le miró de pies a cabeza con cierto aire de desconfianza.

Dan se preguntó a su vez de dónde saldría aquel tipo.

Harper se lo presentó.

—Éste es el señor Campbell. Vive en la casa. Si le pide algo, es como si lo pidiera yo mismo.

Dan asintió reverentemente y dejó el *whisky* sobre la mesa del comedor.

—La comida dentro de diez minutos —pidió Harper.

—Sí, señor.

—Puede retirarse.

—¿Le sirvo algo, señor Campbell? —preguntó cortésmente Dan.

—Gracias. Los *whiskies* me los sirvo yo —replicó el aludido en tono impertinente.

A Dan aquel sujeto se le antojó repulsivo. Era joven y evidentemente había conseguido, un buen enchufe con aquel puesto, sin embargo, era sólo en apariencia porque al quedarse jefe y secretario a solas el primero farfulló entre dientes:

—¿Qué diablos has estado haciendo?

—Divirtiéndome de lo lindo, si te parece. ¡Vaya encarguitos que me haces!

—¿No te gusta, eh?

—Me fascina.

—No hables con sarcasmo cuando te dirijas a mí... Eres un inútil. Un perfecto inútil.

—Ya empezamos...

—Tú lo sabes, Campbell. No sirves para nada. Si no fuera por mí, ahora estarías en la cárcel.

—Otra vez con la misma historia... No tiene derecho a...

—Tengo un talón bancario firmado por ti, Campbell. ¿Quieres que me presente al Banco a cobrarlo?

—¡De eso ya hace un año! ¿Crees que no he pagado con creces...?

—¿Crees haberte ganado cinco mil dólares en un año? ¿Y la comida, y los trajes? Tú eres incapaz de ganarte nada, Campbell.

—Ya empiezo a estar harto. Yo también podría ir a la policía, Harper. No lo olvides.

—¿Me amenazas? —Los ojos de Harper llameaban.

—Tú me obligas.

—¿Y qué podrías contar a la policía, Campbell? ¡Anda! Di, qué podrías contar...

—Bueno... He enterrado a un hombre.

—¡Ah! ¿Lo has enterrado?

—Hum. —La fugaz valentía de Campbell pareció evaporarse.

—Complicidad en un asesinato. Yo podría decir que era amigo tuyo. Que teníais cuentas pendientes y que le mataste.

—Eso no es verdad. Yo no le maté.

—¿Crees que la policía iba a creer en la palabra de un hombre que firma cheques sin fondos?

—Está bien, acabemos. Te sirvo como tú deseas. Soy un criado. Peor que un criado, pero no tienes derecho a ensañarte de esta forma conmigo.

—Tú me perteneces, Campbell. Puedo hacer de ti lo que se me antoje, y mientras no decida lo contrario seguirás a mis órdenes, si no quieres que el cheque que firmaste sin fondos vea la luz pública.

—Esto es un chantaje.

—¿Por qué no lo pruebas, Campbell? ¡Anda, denúnciame! Hace un momento querías hacerlo.

Campbell se puso en pie.

—¿Necesitas algo más de mí?

—Sí... Que seas más rápido cuando te ordene una cosa. No me

gustan los vagos a mi alrededor.

Campbell masculló algo ininteligible entre dientes. Todo el odio que sentía hacia Harper lo llevaba escrito en el rostro.

* * *

James Anaconda, fue el primero de los invitados.

Llegó aquella misma noche, y Dan supo que se trataba de un hombre de negocios bastante ligado a Harper.

Anaconda, tenía cerca de cincuenta años y pertenecía también a la clase de hombres de aspecto mundano y que han conseguido de la vida todo lo bueno que les puede ofrecer.

Anaconda procedía de Nueva York y era portador de dos maletas con lo que debía considerar imprescindible para pasar varios días en aquella casa.

—¿Tendré que cocinar yo? —preguntó Norah a Dan—. Esto no entraba en el trato. No es que me importe, pero dudo que mis guisos satisfagan a Harper.

Dan se encogió de hombros.

—Hablaré con Courtaigne... Si no hay más remedio, procura esmerarte.

Antes de que pudiera hablar con el mayordomo, éste apareció anunciando:

—El señor Harper ha anticipado la fiesta, y no ha habido tiempo de avisar a su cocinero. Llegará hoy, pero ya será demasiado tarde, si su hermana sabe algo de cocina podría sacarnos del apuro.

—¡Oh, sí! No se preocupe... —murmuró Dan—. Nos arreglaremos.

—Gracias en nombre del señor Harper —replicó el mayordomo. E inmediatamente salió de la cocina.

—Ya sabes. Esmérate —sonrió Dan.

—Oye... ¿Has averiguado algo sobre el muerto?

—En absoluto. Volví a entrar en el cuarto, y no parece que exista otra salida. Pensaba buscar más a fondo esta noche.

* * *

El cocinero no era la reencarnación del monstruo de Frankenstein, pero se parecía bastante a él.

Cuando abrió la puerta exterior para entrar en la cocina, Norah ahogó una exclamación de terror.

Dan apareció en aquel momento y también miró al hombre lleno de curiosidad.

Era alto, ligeramente encorvado, de frente eminentemente pronunciada y la cuenca de un ojo superior a la otra. La boca aparecía algo retorcida y tenía la nariz demasiado grande.

Bueno. Bien mirado, no era un monstruo, pero uno tenía que acostumbrarse a su presencia para que le pareciese menos repulsivo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde está Courtaine? —Fueron sus primeras palabras, mientras miraba a Dan y a Norah con suma desconfianza.

—Eso mismo podría preguntarle yo... ¿Quién diablos es usted y de dónde sale?

—Sol Miller. El cocinero del señor Harper.

—¡Haber empezado por ahí! —sonrió Dan—. ¡Adelante! Ahora sabremos lo que es comer especialidades... Permítanos que nos presentemos.

Dan empleaba su habitual tono, que según quién lo interpretaba como un modo jocoso y hasta burlón.

Una cosa era evidente. El cocinero no mostró la menor simpatía hacia ellos.

Aquella noche cuando Dan dio las buenas noches a su «hermana», murmuró:

—Con un cocinero así tendría miedo de morir envenenado.

—Me dio un buen susto —admitió ella.

—En esta casa hay gente muy particular. Si pudiera quedarme algún tiempo me encantaría estudiarlos. Seguro que saldría un buen libro.

La besó, y de buena gana no se habría movido de la habitación.

—Bueno... He de estar atento para cuando se acuesten todos.

—¿Vas a...?

—Sí. Quiero averiguar de una maldita vez dónde llevaron al muerto.

CAPÍTULO VI

La casa estaba a oscuras. Únicamente una luz en la entrada como faro de situación era el único signo de vida.

El cocinero había ocupado una de las habitaciones del corredor destinado al ala de servicio y podían oírse perfectamente sus ronquidos. Sí. Porque además roncaba.

El resto de la casa permanecía en silencio.

La habitación del mayordomo estaba situada aparte del resto del servicio y se encontraba en el primer piso. Era uno de los cuatro dormitorios que había visto. Campbell dormía en un cuarto del corredor del «museo», Harper, naturalmente en la suya y James Anaconda en una de contigua a la del dueño de la casa.

De puntillas y con la agilidad de un ladrón de hotel Dan se deslizó hacia aquella habitación heterogénea.

Abrió lentamente la puerta y después de asegurarse que tras suyo seguía el más completo orden, se metió dentro del cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

Con la ayuda de una linterna fue recorriendo con el haz de luz cada uno de los rincones de la estancia.

Fijó su atención en los cuernos de un ciervo.

Se encaminó hacia aquel ángulo de la pared y subiéndose a una silla palpó con las yemas de los dedos el estante superior de una vitrina.

Encontró el botón que buscaba, y lo pulsó.

Un panel del interior del estante se corrió hacia la derecha y Dan se mostró satisfecho.

¡Aquello ya lo sabía!

Al pasar la mano hacia el interior, extrajo una bolsita. La sopesó en una de sus manos y la volvió a dejar en su sitio, tornando,

seguidamente, a pulsar el botón para que el panel volviera a su sitio.

Era un ingenioso escondrijo, ya que dentro del estante todo aparecía absolutamente normal.

«Aquí tiene que haber algo más», se dijo para sí.

Miró hacia la cabeza del ciervo y sin saber por qué tocó su cornamenta.

—¿De veras te ha cazado Harper, amigo? —le preguntó como si la cabeza pudiera entenderle.

Siguió tocando las distintas ramas de los cuernos y de pronto se detuvo.

Había notado una leve corriente. Como si una ventana acabara de abrirse.

Dirigió el haz de luz a todos los rincones del aposento hasta que lo detuvo detrás de un sillón colocado en un ángulo.

Un sillón en aquella habitación desdecía por completo. ¿Quién podía sentarse allí?

Claro que conociendo la comodidad del dueño de la casa, la cosa resultaba hasta cierto punto normal: Un sillón, una mesita... Comodidad y relax por todas partes.

Aquello podía interpretarse como un signo de sibaritismo, sin embargo...

Bajó de la silla en la que se hallaba subido y se dirigió hacia el lugar. ¡De allí provenía aquella incipiente corriente de aire, que en realidad no era una corriente, sino como si una puerta se hubiese abierto hacia un lugar más frío que la temperatura ambiente!

No fue tampoco aquella sensación de frigorífico abierto lo que más había llamado a la sensibilidad auditiva y perceptiva de Dan, sino la impresión de algo inconcreto que huele a humedad...

Derecho hacia el punto de observación, retiró el sillón y observó algo que no consiguió sorprenderle demasiado.

Tras el sillón, confortable y por tanto de elevado respaldo, se había abierto un boquete.

El agujero era de dimensiones regulares, por él podía colarse un hombre sin demasiado esfuerzo.

La abertura no tenía la altura de una puerta corriente, pero ligeramente inclinado podía pasar perfectamente un ser humano sin demasiadas complicaciones.

«Esto es la sala del misterio», se dijo.

De pronto un sonido impreciso le hizo volver su atención hacia la puerta.

¡Alguien se acercaba!

Cerró la linterna y a tientas alcanzó nuevamente la silla para encaramarse a ella y accionar ávidamente la cornamenta del ciervo.

¿Cuál de los cuernos había tocado?; o mejor pensado..., ¿cuál de las ramas de cada uno de los troncos puntiagudos había accionado?

Probó todos hasta que al fin tuvo la sensación de haber acertado.

En aquel instante se abrió la puerta.

Aun sin luz, el rectángulo de la entrada podía percibirse por algo impreciso que denotaba estar abierto.

Habituados los ojos a la oscuridad, Dan percibió una figura humana.

Se deslizó de las sillas procurando que cuando tocaran sus pies en el suelo no detonaran su presencia.

De pronto la luz de una linterna barrió la habitación, dentro de un silencio cargado de amenazas.

El foco deslumbró a Dan por unos instantes y se agachó tratando de averiguar quién se escondía detrás de él.

Acurrucado debajo de una mesa, pudo ver la sombra inconcreta de dos piernas avanzando con cautela.

Parecían dos piernas masculinas ya que no llevaban medias, sino pantalones. Claro que...

Se quedó quieto procurando contener su respiración.

Sin luz, las ventajas volvían a ser para él, y aprovechó para incorporarse y avanzar de puntillas hacia la salida.

Calculó que el extraño visitante del cuarto estaba a espaldas suyas, pero calculó mal.

El hombre surgió de un lado y enfocó la linterna aunque la luz no atinó a darle en el rostro.

En silencio, el tipo que había entrado intentó engancharle con una llave digna de un experto japonés.

Dan se deshizo rápidamente y se revolvió.

El otro le conectó un directo que le alcanzó la mandíbula de refilón, pero fue suficiente para que Dan, desprevenido por el inesperado ataque cayera hacia atrás y derribara algún mueble.

El intruso quiso enfocarle la linterna, pero calculó mal la

resistencia de Dan porque éste ya se había incorporado y se lanzaba como un alud sobre su agresor.

La embestida del camarero obligó al otro a retroceder.

En el silencio nocturno podía oírse perfectamente el jadear de los dos hombres revolviéndose por el suelo.

Dan fue el primero en levantarse, y tanteando en la oscuridad dio con el bulto del cuerpo de su adversario.

Catapultó la derecha y el golpe hizo crujir las mandíbulas del antagonista.

Seguidamente su cuerpo chocó contra el suelo.

Dan iba a lanzarse cuando la voz del dueño de la casa sonó a través del pasillo.

—¿Quién está ahí?

Dan se quedó inmóvil y notó cómo el otro, que por lo visto tampoco deseaba ser sorprendido, se movía ávidamente.

No pudo entretenerse en saber hacia dónde iba, Dan prefirió alcanzar la puerta y asomar.

El corredor tenía las luces encendidas y Harper avanzaba con un revólver en la mano.

Pensó en un segundo y optó por encender la luz.

Cuando Harper entró en el cuarto-museo no encontró a nadie más que a Dan, pese éste había percibido durante unos breves instantes aquella sensación de algo húmedo y dedujo que con una rapidez muy fuera de lo normal, su antagonista había huido por la cavidad, demostrando que tampoco deseaba ser descubierto por Harper.

El dueño de la casa se plantó en el umbral revólver en mano. Dan, frente a él sonrió.

—Buenas noches —saludó.

Harper le miró con desconfianza.

—¿Qué diablos significa...?

—¡Espere, espere...! Y por favor, deje de apuntarme, no soy un ladrón. Soy... Soy un camarero. ¿Recuerda?

—¿Qué estaba haciendo aquí? —inquirió fríamente Harper.

—Tratando de hacerle un servicio a usted.

—Explíquese —inquirió Harper con el mismo tono imperante.

—Verá... Me había levantado para ir al lavabo y... Bueno, creí oír ruido. Esta casa está un poco aislada y enseguida pensé en la

posibilidad de que hubiera ladrones... No quise alarmar a nadie y... En fin, me pareció que el ruido procedía de esta parte. Abrí la puerta y...

No continuó.

Harper esperaba y al cabo de un segundo inquirió:

—¿Y encontró al ladrón?

Tras un carraspeo, Dan sonrió.

—No, señor. Falsa alarma. Afortunadamente...

Harper le miró fijamente.

—Sí. Afortunadamente.

—Siento... siento haberle despertado, señor. Yo obré de buena fe... Se lo aseguro.

—Así lo espero —fue la réplica tajante de Harper, guardando su revólver en el bolsillo del batín de seda con que cubría su pijama.

—Bueno... Si no desea nada, me iré a dormir.

—No deseo nada —contestó Harper.

Con una sonrisa, Dan se encaminó hacia la puerta. Harper se hizo a un lado para dejarle pasar sin perderle de vista.

El camarero tampoco se volvió cuando con la mayor rapidez se dirigía hacia su habitación.

CAPÍTULO VII

Los Tomlyte llegaron a la mañana siguiente.

Eran un matrimonio en el que ambos habían sobrepasado la cuarentena de años. Él se acercaba más a los cincuenta. Era alto, delgado, de piel tostada por el sol y hombre en general al que Dan se lo imaginó mejor vestido en mangas de camisa que con el traje impecable que llevaba puesto cuando descendió de un coche de alquiler frente a la entrada principal de la casa.

La mujer, además de ser más joven que él, lo aparentaba. Su edad podía estimarse en los cuarenta y tantos, aunque en estado de perfecta conservación.

Era hermosa todavía y como al bajar del auto su falda corta de por sí subió un poco más, Dan lanzó un silbido.

—Muchas quisieran conservarse como ésta —murmuró.

—No sé cómo puedes pensar en estas cosas... Después de lo de anoche, seguramente...

Se contuvo porque tras suyo había aparecido el silencioso cocinero que después de observarles en silencio durante un instante se dirigió hacia la cocina.

Ellos. —Dan y Norah— desde la ventana observaron cómo los recién llegados entraban en la casa.

Ella bajó la voz y siguió...

—Después de lo de anoche, Harper debe sospechar.

—En cambio yo ya no sospecho. Ahora sé positivamente que hay una salida... Detrás de una butaca y juraría que va hacia un sótano. Probablemente donde hicieron desaparecer el cadáver.

Siguieron durante unos instantes al pie de la ventana hasta que sonó el timbre.

—Es para mí —sonrió Dan—. Seguramente los recién llegados

vienen sedientos... Me gustará ver más de cerca a esa belleza de otoño.

—Eres un tunante —murmuró ella.

Dan se encaminó hacia el salón.

Allí encontró reunidos al secretario Campbell, a James Anaconda, al dueño de la casa y a los recién llegados señores Tomlyte.

El mayordomo Courtaine estaba junto al bar examinando los licores.

Fue él quien dio las órdenes a Dan, con respecto a lo que tenía que servir.

Dan efectuó su papel con toda corrección.

Los reunidos hablaban de cosas intrascendentes, aunque Anaconda cambiando el signo de la conversación apuntó:

—¿Qué tal la caza por Tanganica, señor Tomlyte? ¿Es cierto que los leones se pasean junto a las mesas de los bares y se dejan fotografiar por los turistas?

—Bueno... Hay zonas muy sofisticadas. Hay que conservar el turismo.

—¡África ya no es lo que era! —suspiró Anaconda—. ¿Lleva mucho tiempo sin efectuar ningún safari importante?

—El último lo hice con mi amigo Harper. Hace casi un año. ¿Verdad? —Y Tomlyte miró al anfitrión.

—Sí... Un año ya. El tiempo vuela.

—Para algunos pasa más deprisa que para otros —murmuró Tomlyte.

Dan se acercó con la bandeja de bebidas.

Un refresco de limón para la señora Tomlyte, *bloody-Mary* para Harper; un martini para Anaconda y un sencillo *whisky* para el secretario Campbell.

Dan se retiró bajo la atenta mirada del mayordomo.

«¿Quién estaría anoche en la habitación?», se preguntó después de haber observado a los que en la noche anterior estaban en la casa.

Había que descartar a los Tomlyte, puesto que no habían llegado, pero de los otros uno había estado allí, y tuvo mucho interés en que el dueño de la casa no le descubriera. ¿Por qué?

Quienquiera que fuera no había ido allí atraído por Dan. Había

entrado para buscar algo. ¿Qué?

Dan sonrió. Quizá él imaginaba lo que había ido a buscar, pero ante todo le hubiera gustado saber, ¿quién fue?

* * *

Después del almuerzo los hombres se encerraron en el despacho de Harper, mientras la señora Tomlyte deambuló por el jardín.

Courtaine parecía estar en todas partes y no era posible dar un paso sin tropezarse con él, por ello Dan no pudo volver a la habitación-museo.

Al atardecer estaban reunidos todos en el salón esperando que les fuera servida la escena.

Cuando Dan sirvió unas bebidas observó un cierto aire agresivo en cada uno de los rostros de los cuatro hombres. Por lo menos, parecía desapercibido el tono cordial privativo de toda reunión.

Tomlyte se levantó de pronto.

—Harper —dijo taciturno—. Es necesario que hablemos a solas. He hecho un largo viaje y no puedo perder mucho tiempo.

—Mi querido Chris... Tenemos tiempo.

Chris Tomlyte cambió una mirada con su mujer.

James Anaconda forzó una sonrisa.

—Bueno... Si lo prefieren a dar una vuelta.

—Por favor, James —protestó el dueño de la casa—. Nada de esto. Chris y yo tenemos tiempo suficiente. No te impacientes, amigo mío. Todo se resolverá.

Tomlyte se sentó sin poder disimular su mal humor.

Dan observó cómo su mujer le apretaba disimuladamente el brazo con un mudo ruego de que se calmara.

—De todos modos me gustaría estirar las piernas —sonrió Anaconda.

—En este caso... —sonrió a su vez el anfitrión.

—Yo iré con él —adujo Campbell.

Tomlyte se encontró a solas con Harper.

La presencia de la esposa del primero no era óbice para que pudiera hablar con mayor libertad.

El mayordomo se alejó y con la mirada instó a Dan que saliera del salón.

Se reunieron en la cocina. Courtaine parecía imponer su presencia adrede para que Dan no pudiera salir, y escuchar lo que allí iba a hablarse.

A pesar de la distancia, al cabo de pocos minutos llegaron las voces del salón.

Tomlyte hablaba sin morderse la lengua y su voz grave se hizo chillona.

Todos pudieron escuchar perfectamente cómo el invitado gritaba.

—Sabía que intentarías jugármela, Harper... Pero esto te costará caro. De mí nadie se burla. Te acordarás.

En la cocina todos, excepto el cocinero que seguía preparando la cena, se miraron alternativamente en silencio.

Courtaine salió poco después y el joven camarero consultando el reloj murmuró:

—La cena va a ser servida dentro de poco... Prepárate.

Ella asintió.

Salió de la cocina para enfilear el corredor de los dormitorios de servicio.

Encerrada en su habitación, a solas, extrajo de su bolso el frasco en cuya etiqueta estaba dibujada la calavera.

Sacó dos comprimidos y los depositó en un vaso. Pasó al lavabo común y llenó el vaso con un centímetro de agua aproximadamente.

Los comprimidos lentamente desaparecieron dejando el agua en el mismo estado incoloro.

Volvió a su habitación y dejó el vaso sobre la mesita de noche.

Al regresar a la cocina, Dan estaba preparando la bandeja y unos vasos.

—Listo —dijo ella en voz baja.

—Estupendo —fue la réplica de él mientras salía para dirigirse hacia el comedor.

En aquel momento llamaron a la puerta...

CAPÍTULO VIII

El mayordomo había abierto y frente al umbral apareció un hombre joven vestido con rutinaria corrección.

Sacó algo del bolsillo y lo mostró durante unos segundos al sirviente.

—Teniente Bradley, de la Central de Ilderville. Homicidios. — ¿Homicidios? ¿Qué desea?— inquirió el mayordomo arqueando las cejas y arrugando la frente.

—Hablar con el dueño de la casa. Señor... Harper, supongo.

—Sí, desde luego. Pero en estos momentos...

Harper desde el fondo del salón se aproximó.

—¿Quién es, Courtaine?

—Un policía, señor —replicó el mayordomo.

—¿Un policía? —Y Harper avanzó hasta cruzar el *hall* en dirección a la puerta.

Bradley hizo intención de pasar pese a la oposición del mayordomo.

—¿Me permite?

—Sí, desde luego. Pase usted —murmuró Harper.

El mayordomo se hizo a un lado y Bradley entró.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó Harper interesado.

—Se ha recibido una llamada telefónica, informando de que aquí se había cometido un asesinato.

—¿Eh? Esto no es posible... —replicó Harper cambiando una mirada con Courtaine.

—Es lo que ha dicho el jefe Lescott. ¿Un asesinato en casa del señor Harper? Pero ya sabe, los contribuyentes pagan y aunque sea por pura rutina aquí estoy...

—Pues lo siento, teniente, ha hecho el viaje sin motivo. Aquí no

hay ningún muerto.

—Lo suponía, señor Harper... ¿Es usted el señor Harper, verdad?

—Sí, soy yo...

—De todos modos, espero que me permita echar una ojeada. Sólo para hacer mi informe.

—Tengo invitados, teniente. No querrá estropearme la noche, ¿verdad? Ya le he dicho que aquí no ha pasado nada que haga necesaria la intervención de la policía.

—Sí, sí, comprendo. Debe tratarse de una broma.

—¿Quién fue el gracioso? —inquirió Harper.

—No lo sabemos. Llamada anónima. Por eso supusimos que se trataba de una broma de mal gusto. Pero tenemos que comprobar todo lo que nos dicen. Imagínese que hubiera sido cierto.

—Pues no lo es. Gracias, de todos modos por su celo, teniente, y ahora si me permite...

—De nada, de nada —y Bradley hizo intención de retroceder, pero de pronto se volvió para preguntar—: A propósito... ¿Conoce a un tal señor Stroud? Finlan Stroud.

—Pues... —Harper dudó un momento. Miró fugazmente al mayordomo y replicó—: No creo... En este momento.

—Es extraño. Él dijo que vendría a verle.

—Si no ha venido en mi ausencia... Pero ¿qué es lo que quería ese señor Stroud?

—No lo sabemos. Pero el caso es que había salido de la cárcel hace tres meses y no se le conocían medios de vida. Vigilamos estas casas y sobre todo en un pueblo más bien pequeño como Ilderville...

—No comprendo... ¿Dónde quiere ir a parar?

—El tal Stroud fue denunciado por una muchacha a la que al parecer él intentaba sacarle dinero. Le detuvimos, pero no le pudimos probar nada. El jefe se mostró severo y le ordenó que si no podía presentar medios para ganarse la vida se largara del pueblo, y entonces Stroud replicó que tenía buenos medios y que vendría a verle a usted para un asunto que tenían en común. Al jefe le extrañó bastante que un tipo que es carne de prisión tuviera algo que ver con usted.

—Y es verdad. Yo no conozco a nadie así. Se lo inventaría. Deténganle y háganle confesar. Verán cómo todo es una patraña. Y

no me extrañaría que hubiera sido ese sujeto el que les llamó.

—¿Por qué? —sonrió Bradley.

—No sé. Para fastidiarme...

—Pero si usted no le conoce...

—Hay mucha gente que se dedica a fastidiar sólo por el placer de hacerlo... Como los que gastan bromas telefónicas marcando un número al azar.

—Sí... Es posible... Pero sería mucha casualidad.

—En fin. No es problema mío, teniente. Y ya le he dedicado bastante tiempo. Buenas noches.

—Un momento, señor Harper. Tenemos un problema.

—Mire teniente, si tienen un problema resuélvanlo. Es lo que yo hago con los míos sin ir a molestar a los contribuyentes. ¿Qué le parece?

—Sabía que al final saldrían a relucir los impuestos. Los policías tenemos mal cartel...

Bradley era un tipo raro. Dentro de su perenne sonrisa, había un aire resignado, pero seguro. Parecía ser hombre que sabe a lo que va y no está dispuesto a ceder ni un centímetro.

—¿Qué desea ahora? —preguntó de mala gana Harper.

—El problema que tenemos es el de encontrar a Stroud.

Harper esperó a que continuara. Tenía interés en saber hasta dónde pretendía llegar el teniente. Por otra parte, aquel asunto tenía que interesarle a la fuerza, puesto que Stroud *sí había entrado* en la casa, pero ya no volvió a salir. Por lo menos por su propio pie.

Bradley continuó:

—Seguimos al sujeto. ¿Comprende? Precisamente para bien de los contribuyentes. Un hombre como Stroud es peligroso que ante suelto. En cualquier momento es capaz de cometer una fechoría.

—Me parece muy bien.

—Pues bien, como le digo, le seguíamos, pero le perdimos la pista...

—Continúa siendo asunto suyo. A menos que crea que yo le oculto algo.

—¡Oh, no! Yo no creo nada, pero tenemos motivos para creer que Stroud desapareció por esta zona.

—Bueno, teniente. Suéltelo todo de una vez. Esto ya se está alargando demasiado.

—Señor, Harper —murmuró lentamente el policía—. No quería decírselo tan bruscamente, pero sabemos que Stroud entró en su casa... Y sabemos también que no ha vuelto a salir.

Harper cambió una mirada con el mayordomo.

—Oiga... —murmuró el dueño tras un silencio— Tengo la casa con gente, ya se lo he dicho. ¿No podría volver en otro momento? Le contaré todo lo que sé.

—Lo siento, señor Harper. Me han ordenado que solucione este asunto hoy mismo... Y ahora si tiene la bondad, dígame qué personas estaban en la casa ayer, cuando vino a verle Finlan Stroud.

CAPÍTULO IX

—¿Un policía? —inquirió Norah.

Dan asintió.

—Teniente Bradley, de la Central de Homicidios del distrito de Ilderville. Eso es lo que ha dicho.

—¿Y viene por la muerte de...?

—Sí. Del tipo que vi en la habitación.

—Esto se complica.

—Para nosotros todo sigue igual. No estábamos en la casa...

—Pero tú dijiste que no llevaba muerto mucho tiempo.

—Bueno, déjame ir a servir las bebidas, Norah.

Y Norah se fijó en uno de los vasos. Llevaba puesto un centímetro de agua incolora e inodora, pero ella sabía que aquello no era agua únicamente.

—¡Espera! —dijo.

El cocinero se volvió y la joven acercándose más a Dan, bajó la voz para decir:

—Ahora está el policía...

—¿Y qué? Así le daremos en qué entretenerse. No deja de ser divertido.

Y ante un gesto de impaciencia de la joven, Dan se alejó hacia el salón, donde permanecían reunidos los invitados y el secretario.

Courtaine estaba junto a la puerta del despacho. Dentro del mismo se encontraba el teniente y Harper que salió para decir:

—Pase, Courtaine, el teniente quiere hacerle unas preguntas a usted.

—Sí, señor.

—Espere.

El mayordomo se volvió y Harper lo llevó al fondo del salón

donde bajando la voz exclamó:

—¿A quién diablos se le ha ocurrido avisar a la policía?

—No pensarás que he sido yo verdad.

—¡Campbell! Hace tiempo que quiere perjudicarme...

—No creo. El también está complicado.

—Entonces...

Quedó pensativo. Entornó los ojos y añadió:

—Ese camarero...

—No puede saberlo.

—Pudo entrar en la habitación.

—No creo...

—Anoche estuvo, yo le vi.

—¿Anoche?

—Sí. Le sorprendí allí. Dijo que había oído un ruido, pero creo que mentía.

Dan se acercó con la bandeja.

—¿Desean algo? —murmuró con una sonrisa.

Harper le clavó la mirada. Bradley salió a la puerta del despacho y adujo:

—Por favor... Quisiera hablar con el mayordomo. Cuanto antes termine con este asunto mucho mejor para todos. ¿No creen?

Courtaine se separó y se encaminó hacia la puerta del despacho para desaparecer tras ella acompañado del policía.

Harper ordenó:

—Deje la bandeja en el bar. Ya le llamaré.

—Señor... ¿Tiene algún problema?

—Haga lo que le digo, Corbett. Vamos.

—Disculpe, señor...

En el salón el silencio era absoluto.

Dan no pudo tocar para nada los vasos de la bandeja. Parecía que todos los ojos estuvieran clavados en él.

Con un gesto de resignación todos se pusieron a beber. El se dirigió hacia la cocina.

Campbell tomaba nerviosamente un *whisky*. La señora Tomlyte se inclinó por un martini igual que el señor Anaconda. El señor Tomlyte no quiso beber nada y Harper sorbió su bebida preferida; el *bloody-Mary*.

Dan asomó ligeramente y les vio a todos beber en silencio,

rumiando sus propios problemas. Parecían afectados a partes iguales por la presencia del policía.

De pronto, Harper soltó el vaso. Quiso dejarlo sobre el mostrador del bar, pero dio un traspies y el líquido se derramó en gran parte.

Tosió.

Nadie comprendía lo que le estaba ocurriendo.

Harper abrió los ojos y la boca. Quería decir algo, pero las palabras parecían negarse a salir de su garganta.

—Ah..., ah... —pudo exclamar apretándose el estómago más y más...

Su tez se había vuelto pálida.

Todos seguían observándole, como petrificados, asidos a sus respectivos asientos sin atinar a moverse.

El dueño de la casa dio dos o tres pasos sin dirección. Se retorció hacia delante como preso de insoportables retortijones.

—Me... Me han envenenado —pudo decir en un último estertor.

Su presión cedió. Todo su cuerpo en un continuo convulsionar cayó cuan largo era hasta quedar tendido sobre la alfombra.

Quedó completamente relajado. Los ojos abiertos, una mueca extraña y deforme en la boca.

Estaba muerto.

CAPÍTULO X

El policía observó el cadáver una vez más y volvió hacia el bar.

Toda la gente de la casa estaba reunida allí, cocinero incluido.

—¿De modo que estaba tomando esa bebida, eh...? ¿Quién se la sirvió?

Dan señalóse a sí mismo:

—Yo, señor.

—¿Y cómo la ha preparado, usted?

—Como siempre, señor. No puedo creer lo que ha sucedido. Lo hice yo mismo. Tres partes de tomate, una de vodka... Le gustaba muy cargado, limón, jerez, sal y pimienta, y con hielo por supuesto.

—Y arsénico —concluyó el policía.

—¿Usted cree que es arsénico?

—O cualquier otra cosa, es igual. No toquen nada, tendré que llamar al forense, a la ambulancia y a los especialistas, pero antes quisiera hacerles algunas preguntas.

Era evidente que el asesinato había impresionado a todos. La más nerviosa parecía la señora Tomlyte.

El más calmado, era sin duda alguna el policía.

—La clase de veneno no importaba demasiado. Particularmente lo que a mí me importa es el criminal... No me tomen por excesivamente listo si pienso que tiene que haber sido uno de ustedes.

El tono rezumaba sarcasmo. No obstante, Bradley se mantenía serio, con la misma expresión resignada que al principio.

Recorrió con la mirada los rostros de todos los asistentes.

Los Tomlyte no podían ocultar su nerviosismo.

James Anaconda se removía constantemente en el sillón. Quería mantener su firmeza, su aplomo, pero le faltaba algo para

conseguirlo plenamente.

Campbell fumaba nerviosamente y bajó los ojos cuando el policía le miró con curiosidad y atención.

El único que parecía imperturbable era el mayordomo, en pie junto al teniente.

El cocinero, inexpresivo, ocupaba un rincón y parecía querer pasar inadvertido.

Norah estaba nerviosa y sonreía furtivamente tratando de encontrar en el rostro de Dan la valentía suficiente.

Y por fin, la actitud de Dan podía traducirse como de expectante. Parecía de veras interesado en todo lo que estaba ocurriendo.

Si sentía algún temor no lo dejaba traslucir.

El policía empezó por Anaconda.

—Seré breve, pero desde ahora y puesto que todos me parecen sospechosos por un igual, tengo que advertirles que cualquier cosa que pudieran decir, podría, en su momento, ser empleada contra ustedes.

Hubo un murmullo de voces que el policía cortó con un ademán.

—Tengo algunas notas —dijo sacando un bloc de su bolsillo.

Y volviendo los ojos hacia Anaconda de nuevo, añadió:

—Empecemos por usted. Orden alfabético. James Whitmoore Anaconda. Cuarenta y ocho años, de profesión negocios... No se especifican exactamente cuáles. Tiene tratos con el señor Harper, asesinado por envenenamiento como sabemos...

—Ahórrese los preámbulos. No tiene nada contra mí. Yo estaba aquí. No me he movido... —interrumpió el aludido.

—Por favor, señor Anaconda... ¡Oh, disculpen! Entretanto pido a los especialistas que vengan, que nadie se mueva de donde está. ¿El teléfono, Courtaigne?

El mayordomo le indicó con un ademán el bar. Detrás, en un estante había un supletorio. Bradley lo tomó, marcó un número y esperó unos instantes.

—¿Está el jefe? Soy Bradley... Es igual, no importa. Manden una ambulancia, al forense y...

Se interrumpió para añadir.

—Sí, sí, un asesinato. Harper. ¿No está el forense? ¿Cuándo? Cuestión de una hora... Mejor menos. De acuerdo, podemos

esperar.

Colgó.

—Una hora. Tenemos una hora de tiempo. Espero que sea suficiente para descubrir al asesino. Sería la primera vez que fallara... ¡Señor Anaconda! Estamos en que usted tenía algunos negocios con la víctima...

—Y yo le he dicho...

—Por favor, lo que tenga que decir lo dirá luego. De momento déjeme ponerle al corriente de lo que sé... Esta reunión es muy interesante. De veras, porque cada uno de ustedes tiene motivos... o los tenía... para haber asesinado al señor Harper. Esto va a ser muy entretenido.

Pese al humorismo de sus frases lo dijo sin emoción, tranquilo, y recorriendo nuevamente la mirada entre los reunidos.

—He dicho que todos tenían motivos, y al decir todos le incluyo a usted, señor Anaconda.

El aludido se removió en su asiento, mientras el policía observaba algunas de sus notas.

—Veamos... El señor Harper y usted poseían entre los dos el cincuenta y cinco por ciento de las acciones de una sociedad llamada Proovedora Industrial de Accesorios con sede en Los Angeles. Al parecer dichas acciones sufrieron una baja impresionante que amenazaba con la quiebra de la compañía. Usted vendió la totalidad de dichas acciones a muy bajo precio creyendo que su socio y amigo haría lo mismo, puesto que según se desprende de mis apuntes iban los dos de común acuerdo...

James Anaconda iba agrandando los ojos a medida que el policía hablaba.

Su rostro se hizo tan expresivo que en sus labios parecía aflorar una pregunta que, sin embargo, no llegó a formular: «¿Cómo puede saber usted esto?».

Bradley prosiguió:

—Posteriormente se enteró usted de que aquellas acciones mal vendidas habían sido compradas por cierto avispado amigo suyo. Es decir, el propio señor Harper que de este modo se apropió a muy bajo precio de unas acciones que valían por lo menos diez veces más.

Bradley miró largamente a Anaconda que no sabía dónde poner

los ojos.

—Usted no denunció el caso porque entre pillos, digámoslo así, no habría estado bien visto y por otra parte el asunto quizá pudiera dar lugar a una investigación que no convenía... Pero esto no es del caso.

—No comprendo —murmuró Anaconda.

—La policía está bien informada de ciertos asuntos, señor Anaconda. Piense que otro pudo descubrir la anomalía. Lo que ocurre es que no se investigó a fondo por falta de pruebas. Pero, por lo que se supo, ahí quedan estas notas que le involucran a usted como persona perjudicada en el asunto y por tanto, con motivos suficientes para querer vengarse de quien le tomó el pelo y robó el dinero.

—Esto no es una prueba —protestó con alguna energía, James Anaconda.

—No. No es una prueba del crimen, pero sí de que tenía motivos para matar a su amigo... Bueno. Motivos para un crimen nunca existen realmente, pero buscando por los caminos acostumbrados, siempre vamos a los cinco móviles usuales, que son: robo, celos, venganza, locura y placer... Sí, porque en nuestros días se da un nuevo tipo de criminal. El que asesina por descubrir sensaciones nuevas...

—Si piensa interrogarme exijo hablar con mi abogado —cortó James Anaconda poniéndose en pie.

—Tranquilo. Todavía no le he acusado señor... «contribuyente».

—Se está tomando demasiadas licencias.

—Podrá demandarme a su tiempo si al término de mi actuación no le ha satisfecho el método empleado. Ahora déjeme seguir.

Volvió los ojos a Campbell.

—Sigamos el orden alfabético, señor Campbell. Elliot Campbell, treinta y dos años,

play-boy

, jugador, desocupado profesional. Perdió más dinero del que podía pagar, lo cual es usual en él. Un día se topa con Harper y no puede hacer frente a sus cheques. Harper lo compra todo y le gusta comprar sobre todo, seres humanos. Le compra a usted. Y usted, señor Campbell vive constantemente amenazado por el chantaje. Si Harper presenta el cheque al cobro usted irá a la cárcel.

Campbell miró impasible al teniente que continuó:

—Un buen motivo para quitarle de en medio, ¿verdad, señor Campbell?

—Sobre todo delante de la policía. No tiene usted imaginación. Habría tenido otras ocasiones para matarle. Y no usando veneno.

—Tiene razón, pero luego veremos... Y ya que ha hablado de veneno, saltaremos el orden alfabético para detenernos en el matrimonio Tomlyte.

El policía miró atentamente a la señora Tomlyte y añadió:

—Lo del veneno parece un arma femenina por excelencia. ¿Verdad, señora Tomlyte?

—¿Qué quiere decir? —cortó el marido—. No tiene usted derecho de meterse con mi esposa.

—¿Usted es guía de safaris en África, verdad, señor Tomlyte? —preguntó suavemente el policía.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Ya le he dicho que la policía está perfectamente informada de lo que le conviene.

—Está bien; sí. Soy guía. Llegué hace dos días de Tanganica invitado por el señor Harper. Somos viejos amigos.

—Y hacen negocios juntos...

Tomlyte palideció.

—Verá, señor Tomlyte. Resulta un poco feo hablar mal de los muertos, pero... En fin, aunque quizá nadie lo sepa de los que aquí están reunidos, yo estuve hace tiempo en esta casa. El señor Harper me enseñó su sala de trofeos. Me confesó que todos los que poseía correspondían a piezas que había cazado él mismo, pero la verdad es que no fue muy exacto en su confesión... —Tras una pausa añadió—: Por cierto asunto relacionado con el contrabando de piedras preciosas, supimos de algunos envíos que al señor Harper le llegaban de África. Dichos envíos eran trofeos de caza que usted le remitía, señor Tomlyte.

—Bueno. Esto no es un delito. Yo le he mandado alguna piel y cabezas disecadas.

—Y de algún modo especial. ¿No le hacía llegar también algunos diamantes?

—¿Eeeh...? —Tomlyte tartamudeó tres o cuatro palabras ininteligibles. El color de su piel se tomó pálido.

—Vamos, vamos, señor Tomlyte. Hábleme de estos diamantes.

—No sé lo que quiere decir.

—En cambio yo voy a decirle algo. Quizá de entre los reunidos usted es el sospechoso número uno, señor Tomlyte. O acaso su esposa.

—No, teniente. Yo no —protestó ella.

—¿No es verdad que el señor Harper engañó a su marido, señora? ¿No es verdad que además del asunto de los diamantes existe algo más?

—No le entiendo —murmuró ella pálida como la luna.

—¿Qué quiere insinuar? —estalló Tomlyte.

—Nada, señor. Su esposa quizá pueda decírselo.

—No tiene derecho...

—¿Qué es lo que está diciendo el teniente, Mabel?

—¡Oh, Dios mío! Es mejor que hablemos todos. Di la verdad, y la diré yo también. Está tratando de demostrar que todos tenemos móviles.

—Está bien, empieza, Mabel. Quiero saber esto.

—Es bien simple. Yo conocí a Harper antes de que nos casáramos...

—Nunca me lo dijiste.

—No había ningún mal. Yo era soltera y...

—Comprendo. Cuando Harper y yo nos conocimos no fue un encuentro casual, ¿verdad?

—Bueno el me pidió que nos viésemos y yo me negué.

—Venía a menudo por casa. Sobre todo cuando yo no estaba.

—Basta. Nunca ocurrió nada. Pero yo no quería que lo supieras.

—Quería ocultarlo. Es lógico —replicó el teniente—. Pero cuando hay un asesinato de por medio... Por cierto, ¿acaso había amenazado el señor Harper en poner en conocimiento de su marido ese detalle, señora Tomlyte?

Ella negó.

—Bien. De cualquier modo queda establecido el móvil. Y ahora vamos con usted, señor Tomlyte.

Dan cambió una mirada con Norah desde su rincón y murmuró:

—Sospecho que también nos tocará el turno a nosotros.

—¿Cómo puede saber todo esto el policía? —preguntó ella.

—No lo sé, querida. No lo sé. Pero no cabe duda de que está

muy bien informado.

—¿Y de nosotros...?

—Lo sabremos cuando nos toque el turno —replicó Dan inexpressivo.

CAPÍTULO XI

Los móviles de Tomlyte resultaban de un cariz totalmente novelesco.

Según los informes del teniente, Harper había realizado algunos viajes a África, cazando en compañía de Tomlyte.

En uno de los viajes Harper insinuó la posibilidad de llevar a cabo algunos negocios «especiales».

Concretamente el contrabando de esmeraldas.

Después de algunos tira y afloja, Tomlyte se apresuró a asociarse con Harper en tan magnífico negocio y, a partir de entonces, en cada viaje el señor Harper conseguía pasar cantidades más que considerables de bonitas esmeraldas.

—¿Cómo? No lo sabemos. Lo más corriente era que las piedras pasaran dentro de las cabezas disecadas o en las costuras de algunas pieles, pero la policía de aduanas, a pesar de haber hecho concienzudos registros nunca halló nada, sin embargo, las piedras pasaban delante de sus narices. Harper sospechó que iban detrás de él y suspendió los viajes. Desde entonces ignoramos si han continuado el tráfico o no, pero es seguro que el señor Harper se dio prisa en deshacerse de la mercancía.

Tomlyte parecía encontrarse totalmente acorralado.

—Ahora ya lo sabe usted, Tomlyte. Quizá sólo fuese una sospecha por su parte, pero tengo la certeza de que su socio se sacó de encima las piedras. Lo sabemos porque detuvimos al comprador. —Hizo una pausa y murmuró—: ¿Vino usted a cobrar su parte, verdad?

—No diré una sola palabra —replicó.

—De acuerdo, pero ahí queda su móvil. El señor Harper le dio largas, no quiso pagarle y usted se tomó el desquite.

—No es cierto. Yo no lo maté.

—Usted no pasaba las piedras, Tomlyte. Era él. ¿Cómo lo hacía?

Tomlyte selló sus labios, pero en aquella actitud suya podía leerse una total confesión.

El silencio tras las últimas palabras del policía era impresionante.

La implacabilidad del teniente se hacía odiosa para todos. Su sistema de llevar las cosas ponía al desnudo los trapos sucios de todos.

Y ahora sus ojos se dirigían al cocinero.

—Volvamos al orden alfabético Carter, el cocinero, aunque se haga llamar Miller.

El aludido ni siquiera se movió.

—Bien, Carter, su móvil es ni más ni menos como el de Campbell. Al señor Harper le gustaba rodearse de personas a las que pudiera gobernar a su antojo.

El cocinero seguía impertérrito.

—Mató a una muchacha en Nueva York después de violarla. No se obtuvieron las pruebas suficientes de culpabilidad y la ley fue benévola concendiéndole el beneficio de la duda. Pero aquel crimen tuvo un testigo: Harper. El, sin embargo, fue quien más le ayudó. ¿Por qué está a su servicio, Carter? ¿Le obligó Harper a firmar algún papel? Ya sé que no lo dirá, pero usted es de los que también tenían motivos para matarle. Era la única forma de librarse del chantaje a que le sometía.

Luego se volvió a Dan y a la joven.

—Dan Corbett y Norah Bell. Dos sirvientes llegados en el último momento de una agencia de San Francisco. No tengo nada contra ustedes. Sólo sus nombres que acababa de facilitarme el señor Courtaine, el mayordomo.

—Menos mal —sonrió Dan—. Creía que también iba a encontrarme un pasado turbio y unas intenciones funestas.

—No cante victoria, Dan. La investigación está empezando todavía.

—Estoy ansioso para llegar al final. Es emocionante —sonrió el joven.

El teniente le clavó la mirada.

—He dicho que la investigación empezaba. El que no se le

conozcan móviles no quiere decir que no los haya; por el momento usted sirvió el bloody-Mary al señor Harper.

—El me lo pidió. Era su bebida preferida.

—Tendré que echar una ojeada a sus habitaciones.

Dan y Norah cambiaron una mirada.

El teniente se volvió hacia el mayordomo.

—Courtaine, hágame un favor, quite las llaves de todos los coches que están fuera. No quiero que nadie tenga el mal pensamiento de escapar.

—Sí, señor —replicó el sirviente.

—¡Ah, Courtaine! No intente escapar usted tampoco. Se convertiría en el sospechoso número uno.

El policía tomó la delantera para dirigirse hacia la cocina, cuando Miller —o Carter— sacó algo del bolsillo y lo mostró a Bradley.

—Si es esto lo que busca... Lo encontré en el dormitorio de la muchacha.

Era el frasco con la calavera dibujada en la etiqueta.

—Sapo asqueroso. Se dedica a revolver las habitaciones —exclamó Dan.

—Esta vez ha hecho un buen servicio. Gracias, Carter. No se le puede reprochar el que quiera alejar de sí todas las sospechas. ¿Qué es esto?

Destapó la tapo y olió las píldoras.

—Hummm. Será conveniente que lo analicen los del laboratorio.

—Yo le daré la fórmula para ahorrarle trabajo, teniente. Es un somnífero de efectos inmediatos, cuando se toma cae uno en un sueño profundo. A pesar de lo aparatoso no es dañino, y una pequeña dosis resulta totalmente inofensiva. ¿Quiere probarlo?

—No me gustan las bromas, amigo Dan. Me llevaré el frasco. Y vaya pensando una explicación bien plausible del porqué lo llevaba su hermana.

De nuevo intervino el cocinero.

—No son hermanes. Es mentira. Les vi besándose y haciéndose carantoñas.

—¡Caray con el maníaco sexual! Además es un espía —rezongó Dan.

—¡Vaya! Ya tenemos la primera mentira. Se presentan como

hermanos y resulta que son amantes.

—Somos novios. El motivo de no decir la verdad es para poder ser admitidos —dijo ella—. Hay casas que no quieren novios entre la servidumbre.

—Y hacen muy bien —sonrió el policía.

—Eso no es delito, ¿verdad, teniente? —sonrió Dan.

—Pero una mentira es un mal precedente. Y luego está lo del veneno. ¿Quién pudo ponerlo en el vaso?

—En el vaso le aseguro que nadie. Porque sólo los toqué yo, y yo le puedo asegurar que no lo hice.

—Sólo tengo su palabra y la verdad es muy poca cosa.

—¿Qué motivos cree que puedo tener para asesinar a Harper?

—Eso ya lo averiguaremos, Dan.

—Escuche, teniente. ¿No se le ha ocurrido pensar que el veneno podía estar ya preparado en el jugo de tomate por ejemplo? Y en este caso debería dirigir sus pesquisas por otro lado.

—¿Cuánta gente tomaba jugo de tomate en esta casa?

—Que yo sepa sólo el señor Harper —replicó Dan, y cuando la puerta se abrió para dar paso al mayordomo que regresaba con las llaves en la mano, añadió—: ¿Por qué no interroga a la «persona» que falta?

Todos los ojos convergieron en Courtaine.

CAPÍTULO XII

El historial de Courtaine resultó ser todo un poema y hasta parecía que el teniente lo había dejado para el último premeditadamente.

De su bien documentado bloc de notas surgieron los trapitos.

Courtaine, cuyo verdadero nombre parecía ser el de Andros Ankara, griego de origen, nacionalizado francés primero y estadounidense después.

Tres condenas por delitos menores.

Dos asuntos de robo a mano armada sin pruebas para condenarle, un intento de asesinato, tampoco probado, y por fin el cambio de nombre y su pase al servicio de Harper en calidad de mayordomo, profesión que ya había desempeñado anteriormente.

—¿Motivos para asesinarle? Muy simples, aparte de que Harper pudiera tener algo contra él, su muerte podía favorecerle ya que quizá con ella ocultaba infidelidades, hurtos o tal vez alguna estafa.

—¿No hablará en serio? —replicó el mayordomo.

—Completamente en serio, Courtaine, si prefiere que le llame así.

—Pero cometer un asesinato en sus propias narices es considerarme tonto.

—¿Por qué? Usted ignoraba que yo iba a venir. Tenía el veneno dentro del frasco del jugo de tomate. Por cierto, ¿estaba abierto el frasco que utilizó para preparar el combinado?

La pregunta iba dirigida a Dan que asintió.

—Sí, teniente. Estaba en la nevera ayer cuando llegué, quedaba todavía para otro par de combinados.

—Perfectamente. Usted en cualquier momento pudo acercarse a la cocina, introducir el veneno y esperar a que Harper pidiera otro combinado. Quizá calculó que lo iba a tomar ahora, en presencia de

todos sus invitados. Ésa era una magnífica coartada para usted porque quien más quien menos tenía motivos suficientes para matar a Harper. En cambio usted ignoraba que poseíamos sus antecedentes. Un hombre nuevo, un rostro ligeramente cambiado. Sí, Courtaine, usted —le señaló acusadoramente con el índice.

El mayordomo ante la sorpresa de todos se abalanzó contra el policía.

—No puede acusarme. No puede.

Durante unos instantes trató de asirle por el cuello. El teniente se resistió, hasta que pudo soltarle un gancho hacia el estómago.

El mayordomo saltó hacia atrás.

Su diestra se fue rápidamente hacia el bolsillo, con la intención clara de querer sacar un arma.

Entonces intervino Dan.

Saltó ágilmente sobre él y le retorció la mano hacia la espalda.

Courtaine soltó la pistola que había acertado a coger y el arma cayó sobre la alfombra.

El teniente se acercó, tomó el arma, la examinó y la guardó en su bolsillo.

—Gracias, Dan. Un magnífico servicio. Se tendrá en cuenta.

—Ha sido un placer, teniente. Temía que no llegaría a conocer el final de todo esto. Además no lo he hecho por usted.

El policía arqueó las cejas.

Dan añadió:

—Verá. Si le mataba a usted, ¿quién sabe si se habría decidido a acabar con todos para no dejar testigos!

Bradley se volvió hacia el mayordomo a quien Dan acababa de soltar.

—Lo que ha hecho es grave, amigo. Muy grave. Tengo que detenerle por ello.

—No puede probarme nada —masculló el mayordomo.

—¿Por qué quería sacar el arma? ¿Qué intentaba al amenazarme?

—No me gusta su modo de proceder, teniente. Intenta atemorizarnos. Saca al descubierto cosas que no importan a nadie.

—A mí sí. Porque prueban que ninguno de ustedes tiene limpia la conciencia.

Consultó el reloj.

—Dentro de poco va a llegar el capitán y me prometí a mí mismo descubrir al asesino. Y les aseguro, señores que voy a conseguirlo.

Se hizo el silencio más absoluto.

Dan murmuró al oído de Norah:

—Vamos a intentar salir de aquí. Hay algo que no me gusta.

—Ahora no podremos.

—Déjame a mí. Escucha.

Bajando todavía más la voz dio unas instrucciones al oído de la muchacha, mientras el teniente, de espaldas a ellos se servía un *whisky*.

Cuando hubo bebido se volvió y recreándose en mirar a todos y cada uno repitió:

—Cinco minutos, señores. Dentro de cinco minutos conoceré el nombre del culpable.

CAPÍTULO XIII

Dan interrumpió:

—Teniente. Mi novia tiene que ir al lavabo. ¿Hay algún inconveniente?

—No mientras no intente escapar, aunque sería completamente inútil.

Dan hizo una seña a la joven, que desapareció hacia la cocina.

Apenas llegar pasó por la otra puerta que comunicaba con el corredor y fue directamente al cuarto de los trofeos.

Con la seguridad de que nadie saldría del salón y de acuerdo con las instrucciones de Dan se encaramó a la silla y pulsó el botón de encima del estante que dejó abierta la cavidad del anaquel de la pared. Introdujo la mano, pero no encontró absolutamente nada.

Bajó de la silla después de cerrar nuevamente la cavidad pulsando el botón.

A continuación se acercó al trofeo representado por la cabeza de ciervo y buscó el cuerno que movía el resorte de la pared del fondo.

El tiempo iba transcurriendo y Norah miraba ansiosamente el reloj.

Detrás de la butaca el panel se corrió dejando el hueco.

Ella bajó de la silla y sin apagar la luz de la habitación se dirigió hacia la butaca, la retiró y ante ella quedó la abertura de unos ochenta centímetros de alto por cuarenta de ancho. De allí arrancaba una escalera que descendía hacia la oscuridad.

Suspiró como si no se atreviera a cruzar aquel umbral.

Al fin, armándose de valor pasó dentro y comenzó a bajar lentamente intentando aclimatar sus ojos a la oscuridad.

Abajo seguía todo en la más absoluta oscuridad.

Norah no pudo ver aquella mano enguantada que accionaba una

palanca desde algún lugar de aquel lóbrego sótano y el panel que había quedado abierto comenzaba a cerrarse.

Había descendido media docena de peldaños cuando advirtió que la luz procedente de su espalda se iba eclipsando.

Al volverse vio cómo el panel se movía rápidamente hacia el cierre.

Corrió escaleras arriba para evitar que la mampara móvil lograra cerrarse, pero llegó demasiado tarde.

La pared quedó unida completamente, y ella desamparada en medio de la oscuridad.

Por más que intentaba taladrar las tinieblas no lo conseguía.

Y entonces comenzó a oír los pasos que se acercaban lentamente desde algún lugar.

Sonaban huecos y se dirigían hacia ella.

Sintió que un escalofrío recorría su columna vertebral, y aquella sensación de miedo no la dejó porque los pasos estaban cada vez más cerca.

Un hombre sin prisas, pero seguro del terreno que pisaba, comenzó a subir desde el pie de la escalera.

Ella se pegó a la pared sin fuerzas para respirar.

Los pasos subieron los peldaños con la misma lentitud, uno a uno, cada vez más próximos.

Cada vez más cercanos a ella.

* * *

El teniente había examinado el bote que contenía el jugo de tomate.

—El arma homicida —dijo.

Después extrajo un sobre de su bolsillo y olió.

—¿Es suyo? —dijo al mayordomo.

Durante aquellos cinco minutos el teniente había cerrado bien las puertas de la casa. Por las ventanas no era posible huir porque Harper había tenido buen cuidado en dotarlas a todas de rejas, sin duda para protegerse de los posibles ladrones.

Con Courtaine por delante había ido hasta su dormitorio y al regresar nadie sabía lo que había encontrado allí hasta aquel momento que lo mostró.

—Veneno —explicó Bradley a los reunidos—. Algo parecido al arsénico. ¿Quiere explicarme qué hacía en su cuarto, Courtaine? En el papel estarán sus huellas dactilares y es posible que también las encontremos en el bote.

El policía sostenía el bote y el sobre utilizando sendos pañuelos, teniendo buen cuidado en no borrar las posibles huellas.

—Vamos, Courtaine. Está acorralado. No esperaba que su crimen tuviese como testigo a un policía de homicidios. ¿Y qué hay de Stroud? Todavía no hemos hablado de esto. ¿Quién le mató? ¿También fue usted?

—Fue Harper.

—Qué fácil es acusar a un muerto, ¿verdad?

—Piense lo que quiera.

—Courtaine, le acuso formalmente de asesinato. ¡Las manos!

El mayordomo se resistió, pero al fin tendió ambas manos al policía, que sacando unas esposas unió ambas muñecas.

Se volvió a los demás.

—Todos ustedes pueden irse. Han tenido suerte. Hagan sus equipajes y lárguense. Ya no les necesito. Ahora podrán vivir tranquilos. El hombre que conocía sus secretos ya no existe. En cuanto a usted, Tomlyte, le han jugado una mala pasada con lo de las esmeraldas. Está de suerte que no se le haya podido probar nada. Ha sido mejor así, vale más la libertad que un puñado de años en la cárcel.

—Bueno. Confieso que es usted muy rápido —sonrió Dan.

—A propósito, usted y su «hermana» me acompañarán. Como testigos. Luego me aclarará por qué tenía ese frasco con el somnífero.

—Se reirá cuando lo sepa, teniente.

—¿De veras?

Los demás comenzaban a desfilar, tenían prisa por dejar la casa y no volver a ver el cuerpo de Harper que seguía en el suelo con una manta que le cubría por indicación del teniente que quiso así quitar de la vida aquel espectáculo macabro.

El mayordomo se sentó en un diván. El teniente se tomó otro *whisky* consultando el reloj.

—Ya no tardarán en venir.

—A lo mejor sus jefes le dan un ascenso. Si todos los casos los

resuelve con tanta rapidez...

—Hábleme de esas píldoras. ¿Por qué las lleva la chica?

—Es un secreto —sonrió Dan.

—¿Pensaba usarlas contra alguien?

—Bueno, se lo voy a decir. Al fin y al cabo ahora ya todo ha terminado.

—Estoy muerto de curiosidad, Dan. Explíquese.

—Eran para gastar una broma a alguien. Ya le dije que administradas prudentemente son inocuas.

—¿Una broma?

—Eso es.

—¿A quién concretamente?

—Bueno es una historia un poco larga, teniente.

—Tenemos tiempo.

—Verá, teniente. Soy detective de una compañía de seguros y desde hace algún tiempo andaba detrás de ciertas esmeraldas robadas. Ignoraba que usted estuviera tan bien informado porque este caso lo lleva personalmente Saxon.

—¿Saxon?

—Es agente de la Interpol.

—¡Ah! ¿Y dónde está?

—Si me deja continuar lo sabrá todo.

—Siga —sonrió el policía.

—Pues es muy sencillo, la compañía minera tenía ciertas sospechas con referente al posible ladrón y todas apuntaban hacia Tomlyte, pero lo cierto es que las esmeraldas no aparecían. Por otra parte el servicio de represión contra el contrabando en Estados Unidos andaba también a la caza y a fin de poder establecer la adecuada vigilancia se designó a Saxon para estar siempre sobre la pista.

Tras una pausa el joven siguió.

—Saxon y yo nos hemos llevado perfectamente, pero durante los últimos tiempos Tomlyte sospechó que Saxon le andaba detrás y me quedé solo tras él. Al fin supe que los Tomlyte habían decidido trasladarse a los Estados Unidos y conseguí averiguar su amistad con Harper. Harper era, pues, la nueva pista. Otra investigación posterior me llevó a la conclusión que entre Tomlyte y Harper existían relaciones, digamos de negocios, los envíos, cruce de

correspondencia, etc. Faltaba una prueba que nos condujera no sólo a recuperar las esmeraldas, que si para mi compañía era el fin, para la policía, lo era además apresar a los culpables.

—¿Y usted consiguió este puesto para espiar?

—Exactamente, teniente. Sabiendo que los Tomlyte tenían que dirigirse aquí, una investigación llevada a cabo por la policía de San Francisco llegó a la conclusión de que Harper iba a reunirse con algunas personas y se consideró de sumo interés el que alguien estuviera presente para no perder detalle. Y todo se presentó de la forma más sencilla. La casualidad suele jugar a menudo un papel importante aunque yo digo que también es fruto del empeño. ¿No lo cree, teniente?

—Psé... Pudiera ser.

—Bien. Se supo que Harper había pedido un camarero y una doncella y se arreglaron las cosas para que yo pudiera asumir el papel.

—¿Y la doncella?

—Es una agente femenina de la compañía. Éste es su primer caso y está un poco asustada.

—Un buen servicio. Pero falta lo más importante. ¿Descubrió algo con respecto a las esmeraldas?

—No lo tome a mal, teniente, pero esto, si no le importa lo dejaré para el inspector Saxon. No estaría bien que entre él y yo hubiésemos hecho la mayor parte del trabajo y que ahora se lo entregásemos a usted que se encuentra aquí por un hecho casual.

—Comprendo.

—¿Y lo de esas píldoras?

—¡Oh, sí! Es muy sencillo. Aunque el método no sea muy ortodoxo es de mi exclusiva, quiero decir que Saxon ignoraba totalmente la forma en que yo actuaría.

—No le entiendo.

—Pretendía tener el vaso al alcance para narcotizar a una persona determinada. No sabía cuál todavía, ni siquiera si tendría necesidad de usarlas. Aconsejé a Norah que las llevara.

—¿Y encontró a la persona a la que según usted necesitaba narcotizar?

—Todavía no. Pero necesitaba tener un vaso preparado por si llegaba el momento.

—¿Qué momento?

—Antes de llegar usted, Harper y Tomlyte discutieron acaloradamente. Tomlyte amenazó a Harper y enseguida deducí: «Se trata del asunto de las esmeraldas». Se sorprendería, teniendo si supiera que conozco el escondrijo.

—¡Qué interesante! —exclamó el teniente.

—Sí, teniente. Verá, estuve aquí con una especie de disfraz fingiéndome empleado del arquitecto constructor de la casa a fin de hacer un informe. Se me facilitó la entrada y me puse a trabajar.

—Entonces, era usted —murmuró el mayordomo interviniendo por primera vez.

—Sí, Courtaíne. Era yo, pero apuesto a que no me ha reconocido.

—Continúe, Dan —pidió el policía.

—En realidad lo que hice es sacar un plano, y mientras estaba en determinado sitio, cuyo nombre si me lo permite seguiré manteniendo en secreto, descubrí las esmeraldas. ¡Casi nada! Lo que tanto había costado lo tenía ya en la mano. Desde entonces sabíamos ya que Harper era el cómplice de Tomlyte; ya sólo faltaba encontrar a otros posibles culpables, reunir las últimas pruebas y yo devolver las esmeraldas recuperadas a la compañía y Saxon llevarse a los culpables.

—Le felicito, Dan. En su compañía pueden sentirse orgullosos.

—Fue otro golpe de suerte.

—Sí... Tuvo usted mucha suerte —repitió el teniente—. Bueno, ahora las cosas han cambiado. Harper ha muerto y Tomlyte no ha hablado para nada de las esmeraldas. No sé lo que opinará Saxon de todo esto.

—¿Tiene que venir?

—No, si yo no le llamo, pero creo que tendré que hacerlo.

—Aguarde todavía a que se vaya esa gente.

—¿Los Tomlyte?

—Todos. Será fácil volverles a localizar si llega el momento. Es mi consejo. Si no ha podido cogerlos con las manos en la masa, la presencia de Saxon les haría entrar en sospechas.

—Existe el remedio del narcótico —sonrió Dan—. Para eso quería usarlo. Caso de haber podido descubrir a Harper, los Tomlyte o el propio Anaconda, de cuya existencia no sabíamos nada, les

habría mezclado el agua preparada con sus bebidas y de este modo daba tiempo a que Saxon llegara.

—Muy ingenioso. De veras. Aunque esos métodos no los emplea la policía.

—Le he dicho ya que era un sistema privado.

—¿Y dónde está Saxon?

—A estas horas en un helicóptero esperando mi llamada por radio.

—Tienen radio y todo. No se privan de nada.

—La caza lo vale, teniente.

Se interrumpió porque la gente bajaba ya de la escalera, cada uno con su respectivo equipaje.

También Campbell había decidido marcharse con la expresión de quien acaba de recuperar su libertad.

—Si desea algo más de nosotros —dijo el secretario.

—Nada de momento —replicó el policía.

Anaconda pidió:

—La llave de mi coche.

—¡Es verdad! —Y el teniente las sacó todas de uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Que cada uno coja las suyas.

Chris Tomlyte tomó la suya que pertenecía al coche alquilado con el que habían llegado a la casa.

James Anaconda muy digno recogió la suya y sin despedirse siquiera fue el primero en abandonar la casa, seguido de los Tomlyte.

—¿Usted no tiene coche? —preguntó el policía a Campbell.

—No. Usaba los de Harper. Pero no quiero nada de ese hombre.

Fue hacia la puerta y abriendo gritó:

—¿Alguien de ustedes puede llevarme?

Desde la ventana próxima a la puerta de entrada Dan vio cómo Campbell subía al automóvil de los Tomlyte que desaparecía rápidamente después de cruzar el parque.

James Anaconda condujo también el suyo que se perdió en la oscuridad del primer recodo.

El cocinero se había marchado sin decir nada. Usó su motocicleta y desapareció.

—Bien. ¿Y la señorita Norah? —preguntó el teniente.

—¡Es verdad! Casi me había olvidado de ella —rió Dan.

CAPÍTULO XIV

El sótano estaba iluminado con una luz muy tenue. Provenía de una linterna diminuta que tenía el hombre en sus manos.

—¿Le ha pasado el susto? —Le estaba diciendo en aquellos momentos a Norah.

—Creo que sí, pero de veras consiguió impresionarme usted, señor Saxon.

—Bueno. Ya sabe todo lo que le he dicho. Voy a salir por la misma puerta que he entrado y permaneceré fuera. No se mueva pase lo que pase.

—No, señor. No me moveré. Pero ¿y Dan?

—No se preocupe por Dan. Las cosas han cambiado y hay que obrar sobre la marcha. Debía haberme avisado.

—Sí. Ya se lo dije.

Saxon quedó unos instantes pensativo.

Era un hombre ya maduro, veterano en las lides policíacas. Su aspecto correspondía al típico viajero acostumbrado a los frecuentes viajes que tenía que realizar siempre en persecución de delincuentes internacionales. Se le notaba dinámico, despierto.

Ella, Norah, durante aquel rato le había contado lo sucedido en la casa, y entonces Saxon le aclaró algo que la dejó sorprendida.

Aún lo estaba, y por ello preguntó:

—¿Está seguro de que ese teniente Bradley...?

Antes de que acabara de formular la pregunta el propio Saxon contestó:

—Sí, Norah. Estoy completamente seguro. No existe ningún teniente Bradley. Es un impostor. La cosa creo que está bastante clara. Han matado a Harper para apoderarse de los diamantes, ignoro el porqué de esta comedia, pero lo averiguaremos en cuanto

le cojamos.

* * *

Saxon salió al exterior por una salida que conducía a una pequeña edificación apartada unos doscientos metros de la casa. Servía de pabellón y su aspecto era de abandono. Sin embargo, el corredor subterráneo conducía hasta una escalera que a su vez salía por el hueco de la chimenea-hogar del pabellón a través de un panel movable.

Aquello sin duda probaba que a pesar de que la casa tenía un aspecto moderno, había sido asentada sobre viejos cimientos.

Saxon, una vez fuera se metió por entre las acacias que formaban el vértice entre el pabellón y la casa.

Su atención estaba fija en las ventanas iluminadas aunque no podía ver lo que allí estaba ocurriendo.

El teniente Bradley —falso policía según Saxon, repitió:

—Bueno. ¿No va a buscar a Norah, Dan? Ahora todo ha terminado.

—Pues no... En realidad no hay ninguna prisa. Llamaré a Saxon a pesar de todo y me quedaré para cuando venga su jefe. Mi misión ya ha terminado y lamento no haya sido más brillante.

—Espere, Dan.

El joven había iniciado la marcha hacia la cocina.

—¿Qué?

—No vamos a esperar a nadie.

—¿Cómo?

El «policía» sacó un revólver de su bolsillo y encañonó a Dan.

El detective sonrió.

—¿Qué es esto? ¿Celos profesionales?

—Significa, Dan que usted va a acompañarme. —Y al decir esto abrió con una llave las esposas que mantenían sujetas las muñecas de Courtaine.

Dan no hizo el menor gesto. El mayordomo inició una sonrisa.

—¿Sorprendido? —preguntó Courtaine.

—Hace tiempo que dejé de sorprenderme por las cosas. A decir verdad, esto lo estaba esperando.

—¿De veras? —preguntó el falso policía.

—Bradley... o como se llame usted. No me ha engañado del todo. No sé. Había algo extraño en todo su proceder. Usted vino interesado al parecer por el asesinato de Stroud. ¿Quién podía llamarle de la casa? Denunciar el crimen era ponerse el dogal en el cuello, ya que todos tenían algo que esconder y preso Harper muchos trapos sucios se habrían puesto a ventilar. No. No era lógico, pero aun así habría admitido que usted era policía de no ser por otro detalle.

—¿Tan mal lo hice? —bromeó el falso teniente.

—Al contrario. Se ve que ha visto muchas películas de la televisión. Enfocó usted su papel a modo de «policía con método particular». No. La verdad es que ha tenido éxito. Ya ve. Todos le creyeron.

—Y usted.

—No del todo. De haber sido un policía hubiese sabido cuál era mi misión en la casa. En la Central de Ilderville están enterados y a punto por si es necesaria su intervención. Por lo tanto, al no dar muestras por su parte de que estaba enterado del significado de mi presencia aquí, me hizo entrar en sospechas. ¿Por qué cree si no que hice salir de aquí a Norah?

—Ahora la irá a buscar.

—Ni lo sueñe.

Lentamente, Bradley aplicó al cañón del «Colt» un tubo silenciador.

—¿Trata de asustarme?

—No.

—Si dispara no conseguirá que su comedia tenga éxito.

—Nada puede fallar. El cuerpo de Harper desaparecerá. Mi amigo y socio Courtaine y yo nos iremos muy lejos. Con las esmeraldas —y al decirlo hizo una seña al mayordomo que sacó de su bolsillo la bolsita que la noche anterior había visto Dan todavía dentro del escondrijo.

Dan escuchaba impasible. Bradley continuó:

—Cuando la policía se entere de la desaparición de Harper habrán pasado muchos días, semanas, meses tal vez. Ésta es una casa aislada. No encontrarán su cuerpo. Será un misterio insoluble porque ni los Tomlyte, ni Anaconda, ni por supuesto Campbell querrán remover todo esto. Tienen demasiadas cosas que ocultar y

desde luego no se prestarán a presentarse para que les tomen declaración y puedan acusarles del crimen. Ya han pasado por un «interrogatorio».

—Ingenioso. De veras. Deje que adivine toda la trama.

—Hágalo.

—Usted y Courtaine planean limpiar a Harper. Un momento. Quizá había alguien más. El cadáver que vi ayer mañana.

—Stroud. Trabajaba para nosotros —adujo Courtaine.

—Ya. ¿Y qué vino a buscar?

—Las esmeraldas. Yo le dije el escondrijo. Era el único que lo sabía además de Harper, naturalmente.

—¿Por qué no cogerlas usted directamente? —preguntó Dan.

—Stroud era un estorbo. Un hombre fichado demasiadas veces. Había que liquidarle.

—¡Ah, ya! Era el primer acto de la comedia —dijo Dan.

—Más o menos —sonrió Bradley.

—¿Quién se cuidó de darle el pasaporte?

—Yo —replicó fríamente Courtaine—, con lo que hice un servicio a Harper.

—Y aumentó su confianza.

—Confiaba plenamente en mí.

—Bien. Déjenme seguir —continuó Dan—. Quedan ustedes dos y planean un golpe casi perfecto y además de mucho efecto. Matan a Harper delante de testigos. Pero de testigos muy especiales. Un falso policía les mete el miedo en el cuerpo hasta hacerles casi temblar. Luego, al final ese falso policía finge arrestar a un culpable, con lo que deja en libertad a los demás, a los que faltará tiempo para dejar la casa y olvidarse de todo. Y así de este modo se marchan tranquilamente con las esmeraldas ya que el único que podría reclamar su parte era Tomlyte, pero éste ya tiene bastante con creer que ha podido salvar la piel.

—Olvida algo —adujo el «mayordomo».

Dan esperó que le aclarara el olvido.

—Harper no pensaba pagar su parte ni partir en absoluto con Tomlyte.

—Eso por supuesto. Y además existe la exhaustiva documentación de que ha hecho gala el «policía». ¡Claro! Tenía los datos de primera mano y cuidó de hacer hincapié en el hecho de

que «las esmeraldas Harper las había vendido». De esta manera advertía de un modo indirecto a Tomlyte de que ya «no había nada que hacer».

—Veo que sabe escuchar —replicó Bradley.

—Se aprende mucho a veces.

—Usted no ha aprendido demasiado.

—¿No?

—Es la última pieza. Con la que no contábamos.

—Y por esto han decidido matarnos.

—Exactamente.

—Pero ya ve que no puede ser. Norah está libre.

—¿Has oído algún coche partir de la casa, Courtaine? —preguntó inocentemente Bradley.

—No, Brad.

—Entonces la señorita Norah debe estar por algún lado de la casa. No será muy difícil dar con ella.

—¿Y qué hay de Saxon? ¿Cree que si encuentra nuestros cadáveres se cruzará de brazos?

—Mi querido Dan. A menos que sea absolutamente necesario no pienso meterles un balazo en la cabeza. Simplemente morirán de accidente. Algo perfectamente lógico y posible.

—Pero cuando Saxon no reciba noticias mías vendrá aquí y le extrañará no ver a nadie en la casa. Se abrirá una investigación y la desaparición de Harper se descubrirá mucho antes de lo que a ustedes les conviene.

Courtaine desde la puerta del fondo se había vuelto como si las palabras de Dan le hubieran hecho pensar en algo nuevo y esperara a que Bradley replicara con algo convincente.

—Dan... No se haga ilusiones. Yo mismo cuidaré personalmente de transmitir un mensaje a Saxon.

—¿Cómo?

—No hace mucho me ha dicho que tenía radio.

—Desconoce la clave. Luego, está la voz...

—En eso de imitar voces podría ganar un concurso. Además, a través de la radio nunca suena igual. Si no se ajusta bien a la frecuencia produce ruidos que dificultan la escucha y el que atiende no se fija en la voz del que transmite.

—Pero sigue faltando la clave.

—Una transmisión de urgencia. Diré que soy usted y que salgo en persecución de Harper que se ha escapado. Corto. Luego, encuentran sus cuerpos carbonizados dentro de un coche que se ha despeñado.

—Un helicóptero les seguirá.

—Hay algunos sitios en esta zona donde existen árboles. Los que van en un helicóptero y menos de noche pueden atravesar la barrera que representan las copas de los árboles.

—Bueno. Por lo visto lo tiene todo previsto.

—Pienso. ¿Sabe? Y he tenido que improvisar sobre el terreno.

—Muy sagaz.

—Le hice hablar. Si usted sospechaba que yo era policía debió callar.

—Sabía que si me pedía que me quedara no era para ningún buen fin.

—¡Oh! ¡Vamos, Courtaine, busca a la chica!

—Sí, Brad.

—Espera. No iremos a estar toda la noche aquí y como nuestro buen amigo Dan Corbett no pensará decirnos dónde se esconde, obremos utilizando la cabeza. Dijo que había descubierto el escondrijo de las esmeraldas, ¿verdad? Pues quizá haya dado con el sótano. Empieza por allí. El resto de la casa es lo más fácil.

El «mayordomo» se dispuso a seguir las indicaciones de su compinche.

Para Dan Corbett todo parecía perdido.

CAPÍTULO XV

—¡Habrán hecho todo esto para nada! —sonrió Dan con absoluta serenidad.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el falso policía.

—¿Ha observado bien las esmeraldas, Bradley?

—¿Qué?

—Recuerde que le había dicho que di con el escondrijo. ¿Por qué cree que las dejé allí?

—No entiendo... —empezó Bradley con un brillo de sospecha en los ojos.

—¡Espera, Courtaine! —gritó, frenando la marcha del «mayordomo».

Le pidió que dejara caer las piedras sobre la mesa.

El fuego verde del brillo parecía auténtico, sin embargo, Courtaine tomando una en su mano exclamó:

—No son auténticas.

—¡Las ha sustituido! —estalló Bradley que por primera vez había perdido su aplomo y su aire de absoluta seguridad.

—¡Vaya! Menos mal que les he convencido —sonrió Dan.

—¿Dónde están las buenas?

—¿Esperan que se lo diga?

Bradley avanzó amenazante.

—¡Cuidado, amigo! Si me mata adiós piedras. Estando yo vivo todavía le queda una posibilidad de que esta comedia le haya servido de algo, de lo contrario despídase de las esmeraldas.

—¿Dónde están?

—No se impaciente. Sin gritos y sin exigencias. Podemos llegar a un acuerdo.

—¿Las tiene aquí?

—Escondidas. Pero no traten de buscarlas. Pasarían días enteros y no darían con ellas.

Bradley iba a replicar algo. Cambió una mirada con Courtaine, que espetó:

—Hay un medio para hacerle hablar...

El «mayordomo» avanzó amenazador hacia Dan.

—Espera —pidió Bradley—. Dan Corbett parece que está intentando hacer un trato con nosotros.

—Exactamente —repuso el aludido.

—De acuerdo. No se pierde nada por escuchar —repuso el falso teniente.

—Bien. En principio libertad absoluta para Norah y para mí.

—Supongamos que acepto. Usted nos da las esmeraldas.

—Sí.

—Y a continuación echa sobre nosotros a Saxon. Lo siento, no podemos dejar testigos.

—Entonces se quedan sin esmeraldas.

Dan se mostraba totalmente impasible. Bradley pensaba. El más expeditivo era Courtaine que crispó los puños.

—Déjame a mí, Brad.

Avanzó en dos zancadas hasta colocarse delante de Dan.

Con ambas manos asió las solapas de su chaquetilla-*smoking*.

—Cuando recibas lo que mereces por fisgón, vas a hablar.

Courtaine le soltó para conectar su derecha al rostro de Dan, pero el golpe quedó a mitad de camino porque el antebrazo del detective paró bien el impacto.

El «mayordomo», sin embargo, ya había catapultado la izquierda hacia el mismo itinerario.

También Dan en el segundo intento paró el golpe y enseguida se dispuso a pasar al ataque.

Su derecha golpeó el estómago de Courtaine en un medido golpe.

A continuación lanzó la izquierda hacia el mismo punto, para terminar con un derechazo demoledor al rostro, que levantó a su rival varios milímetros para lanzarlo contra la mesita auxiliar que cayó rompiéndose una pata.

Sin dejar que se levantara Dan le cogió como pudo y lo enderezó para golpearle con la mano abierta de derecho y revés. Ambos

golpes rebotaron en las dos mejillas de Courtaine.

Le soltó por fin un terrible impacto en el mentón que lo lanzó contra una pared.

Entonces sonó la voz de Bradley:

—¡Basta, basta! Quieto, Dan y domine esos nervios.

Recuerde que le estoy encañonando con un revólver.

—¡Guárdese de una vez! Yo soy la mano en el juego. ¿Comprende? Las cartas están de mi parte.

—De nada le servirá conservar las esmeraldas si pierde la vida. Considérelo, Dan.

—¡No hay nada que considerar!

—Está bien, Dan. Es usted un testarudo. Vuélvase de espaldas.

Dan dudó.

—¡Vuélvase! —insistió Bradley.

Lentamente el joven fue dando la vuelta.

El «mayordomo» se estaba reponiendo de los golpes, pocos, pero certeros, que acababa de recibir.

Entonces se abrió la puerta de la casa violentamente.

Saxon apareció en el umbral con un revólver en la mano.

—¡Quietos!

—¡Cuidado, Saxon! —gritó Dan al mismo tiempo que intuyendo un tiroteo se revolvió en el momento en que Bradley levantaba el brazo para disparar.

Le sujetó con una hábil llave y durante un instante forcejeó con el falso policía hasta conseguir que la pistola le cayera de las manos.

Courtaine, sin manera de huir comenzó a levantar los brazos lentamente cuando Saxon avanzó dominando la situación por entero.

El detective se inclinó para recuperar el arma de Bradley y apoyó a Saxon.

—Debiste llamarme —dijo el recién llegado.

—No me vengas ahora con reproches.

—Hay una salida secreta que comunicaba con el sótano. He visto a Norah y me lo ha contado todo. ¿Ése es el policía? —dijo señalando a Bradley.

—Sí. Y la otra buena pieza es Courtaine oficialmente mayordomo de Harper, pero en realidad se la ha jugado bien.

Saxon echó una ojeada al cadáver cubierto con la manta.

—Bien, hemos ampliado la caza. Vigila a éstos, yo voy a llamar a la policía local. ¿Tienes las piedras?

Dan asintió con un movimiento de cabeza, mientras Saxon se iba hacia el teléfono.

Descolgó y se volvió.

—Llegué hace un rato. Te esperaba afuera a que salieras, pero al ver que tardabas me he aproximado y he visto lo que sucedía.

Se aplicó el auricular a la oreja y tocó varias veces el pulsador sin percibir la señal.

Courtaine sonrió con una mueca.

—No se canse. No podrá comunicar.

—Ha cortado la línea, ¿eh?

—Para evitar posibles contratiempos durante mi «actuación» —aclaró Bradley.

—No importa, los llevaremos —dijo Saxon.

—¿Y dejar la casa sola? No me fío. Y uno solo no puede ir con ese par de pájaros. Localizaré la avería.

Intentó orientarse y buscar las conexiones.

Había guardado la pistola y ahora era Saxon el que vigilaba a los dos hombres.

Tardó cinco minutos en recorrer la casa. Todo estaba en orden y dedujo que el corte debía estar en el exterior.

—Voy a sacar a Norah del sótano. Estará impaciente —dijo—. Luego echaré un vistazo fuera.

Se dirigió rápidamente hacia la habitación de los trofeos y después de mover el resorte se dirigió hacia el panel de la pared que daba entrada al sótano.

—¡Norah! —gritó.

Del fondo surgió la voz de la chica.

—Gracias a Dios, Dan. No me gusta nada este lugar. Saxon me dijo...

—Está arriba. Hemos cogido a dos buenos pájaros.

—¡Dan! Las piedras no estaban en el escondite que me dijiste.

—Lo sé. Las había cogido Courtaine. Vamos. Intentaré arreglar el teléfono para avisar a la policía. Dentro de poco todo estará solucionado.

El había asomado a la escalera que daba al subterráneo.

Al parecer él le ofreció sus brazos y ella se acurrucó en su pecho pidiendo ser abrazada.

—Lo siento. Estas cosas no figuraban en el programa.

—¡Oh, Dan! Ahora ya ha pasado, pero al principio...

—Lo sé, lo sé. —La besó cariñosamente primero y luego el beso se prolongó durante un buen rato.

Ello impidió que pudieran darse cuenta de la presencia del hombre que surgido de las tinieblas del sótano, avanzó hacia ellos.

Unidos uno al otro en aquella pequeña tregua, la luz de la habitación dibujaba perfectamente sus cuerpos.

El hombre dejó oír su voz:

—No se muevan. ¡Quietos! ¡Les estoy apuntando!

Instintivamente Dan protegió a la muchacha, pero su nuevo agresor subió unos peldaños rápidamente y su sombra quedó perfectamente visible.

Por la voz, Dan ya había reconocido al nuevo e imprevisto enemigo.

—¡Campbell! —exclamó ella.

—¿Creían todos que iba a marcharme con los bolsillos vacíos? No... No soy tan estúpido. Sé perfectamente lo que planeó Courtaine. Le seguí varias veces cuando planeó todo esto. Antes seguí la comedia porque me convenía, pero apenas salí con el auto de los Tomlyte, les hice detenerse y volví. ¡Adelante! Caminen despacio sin hacer tonterías.

Y Dan no tuvo más remedio que obedecer.

CAPÍTULO XVI

Saxon seguía manteniendo encañonados a Courtaine y a Bradley, cuando apercibió a la pareja caminando delante de Campbell.

—Tire el revólver —ordenó a Saxon—. De prisa, si no quiere que agujeree a estos dos.

Saxon no pudo disimular su sorpresa.

Tras una ligera vacilación obedeció.

Inmediatamente, Campbell se separó para dominarles a todos con su automática.

Courtaine iba a recoger el revólver que había soltado el de la Interpol, pero la voz de Campbell le previno:

—¡No! He dicho que nadie haga tonterías, y vosotros menos... Habíais querido darme de lado, pero os ha salido mal. Quiero las esmeraldas.

Se hizo un silencio.

Courtaine y Bradley cambiaron sendas miradas.

—¡Vamos! ¿Quién las tiene?

Courtaine las sacó de uno de sus bolsillos.

—Déjalas sobre el bar. Vamos. Acércate despacio, y mira bien lo que haces, Courtaine.

El mayordomo obedeció. Lentamente caminó hacia el bar con la bolsita de cuero en la mano derecha.

La dejó donde Campbell había indicado sin hacer el menor movimiento subversivo.

Ávidamente, pero sin dejar de encañonar indistintamente a los reunidos, tomó la bolsita y la guardó en un bolsillo de su chaqueta.

Lentamente retrocedió hasta la puerta.

—Échame con el pie la pistola que hay en el suelo, Courtaine —ordenó.

De nuevo el mayordomo se vio obligado a obedecer al nuevo dueño de la situación.

—Espera, Campbell —pidió Courtaine—. Deberías dejarnos ese revólver... Esos tipos son polis. ¿Comprendes?

—No me importa quiénes son... No podrán dar conmigo.

—Pero cuando tú te vayas quedaremos a su merced. Llévate las esmeraldas, pero déjanos el revólver.

—No me fío.

Dan miraba expectante buscando el momento de intervenir. Saxon tenía también los sentidos en tensión, pero Campbell seguía dominando por completo la situación y no era posible intervenir.

Se alejó de la puerta para acercarse al sitio donde estaba la pareja.

—¡Usted! —ordenó a Norah, y la encañonó directamente a ella.

Tenía la otra pistola en la mano izquierda y apuntaba a los demás.

—¡Vamos, rápido!

Norah obedeció y Campbell escudándose detrás de la joven advirtió:

—Voy a llevármela... Si se portan bien no le sucederá nada... Va a ser mi rehén, y mi seguridad de que no me seguirán. Si lo hacen, ella pagará las consecuencias. ¿Lo han comprendido?

Era un nuevo problema.

Dan dio un paso adelante, pero Campbell acentuó la presión que ejercía con el revólver contra la espalda de Norah.

—¡Quieto! No tiene a la suerte. Pórtense bien y no ocurrirá nada.

Retrocedió lentamente siempre escudándose en la joven, hasta que consiguió llegar a la puerta. Guardó un revólver y abrió de espaldas sin perder de vista a los cuatro hombres.

—Ya lo han oído. No intenten seguirme...

—¡Campbell! —previno Courtaine pensando en lo que podría ocurrir una vez él hubiese traspuesto el umbral de la puerta—. ¡Dan tiene un arma en el bolsillo!

—No la usará por la cuenta que le tiene.

Dudó un instante y pareció pensarlo mejor.

—Está bien, échela hacia aquí. ¡Vamos, Dan! No quiero echar raíces esperando.

El detective intentó ganar tiempo.

Pero Norah seguía en peligro y no tenía más remedio que obedecer.

—¡Con cuidado, Dan! Piensa en la chica... Si de veras te interesa, no hagas tonterías.

El detective introdujo suavemente la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta y con el índice y el pulgar extrajo el arma.

—Agáchate, Dan —ordenó Campbell.

Una vez en cuclillas le dio la orden de arrojar el arma.

Dan lo hizo del mejor modo posible y Campbell siempre tomando todas las precauciones propias del caso, se inclinó para recogerla.

Luego, definitivamente, retrocedió hasta el umbral desde donde aún advirtió:

—No me sigan. Se lo repito. No me sigan.

Salió rápidamente cerrando la puerta.

Los cuatro hombres se quedaron mirando. Indecisos en todo. Ninguno de ellos llevaba arma alguna. Nadie era superior a nadie, o por lo menos no había supremacía por las armas.

Por otra parte el detective había corrido hacia la ventana y vio cómo Campbell se llevaba a la joven hacia el garaje.

Courtaine y Bradley optaron por hacer lo que creyeron más prudente. Echar a correr.

Querían ganar la salida de la cocina, pero Saxon se lanzó contra Courtaine como un jugador de *rugby* a la caza de las piernas del delantero que lleva la pelota.

Dan reaccionó y corrió en persecución de Bradley que había alcanzado casi la puerta de la cocina.

Se revolvió para librarse del detective.

Su golpe certero y furioso alcanzó el rostro de Dan que se vio empujado hacia atrás.

Siguió el fugitivo en su carrera, pero Dan, repuesto enseguida se lanzó tras él alcanzándolo por la cintura y derribándolo contra las frías baldosas de la cocina.

El falso policía se levantó primero y soltó un pie hacia adelante que habría alcanzado al detective de no haber esquivado a tiempo.

Nuevamente Bradley probó fortuna con el otro pie que Dan pudo coger al vuelo y retorcer en magnífica y oportuna llave.

Bradley dio un grito y cayó hacia atrás dando con la espalda contra el suelo.

Ágilmente intentó incorporarse, pero aquella vez Dan le ganó por la mano e incorporándose primero se arrojó contra su antagonista impidiéndole que pudiera alzarse.

Forcejearon por el suelo.

Dan tenía prisa en terminar cuanto antes aquella lucha, pero estaba todavía Saxon con Courtaine y este último resultaba un excelente pegador, violento y contundente.

El de la Interpol, durante los primeros compases de la frenética lucha llevó las de perder.

Courtaine conseguía colocar uno tras otro, golpes decisivos, demoledores que llegaban a su destino, sin que el policía acertara a cubrirse por la furia del ataque.

Al fin consiguió parar dos buenos directos de su rival y por primera vez pasó al ataque conectando un uperkutt de izquierda que lanzó al mayordomo contra el bar.

El mostrador crujió y de nuevo Courtaine se vio agarrado por las poderosas manos de Saxon que le atrajeron hacia adelante, mientras con la izquierda lo soltaba para en diñar le otro soberbio directo que lo lanzó contra el sofá.

Courtaine dio la vuelta para caer al otro lado.

Se levantó, pero allí estaba Saxon lanzándose al aire en una terrible plancha que abatió una vez más a su adversario.

Courtaine todavía consiguió en un par de ocasiones pegar a Saxon, pero la iniciativa de la pelea había pasado a poder del policía.

En la cocina, Dan consiguió conectar un definitivo directo al abdomen de Bradley que ahogó una exclamación al tiempo que su cuerpo se inclinaba hacia delante.

Definitivamente el detective le castigó con dos golpes seguidos en el rostro que le tumbaron.

Había ganado el combate por K. O.

En la cocina asomó Saxon.

—Listo —dijo.

—Átalos, Saxon —pidió el joven...

—¿Qué vas a hacer?

—Esto de aquí es asunto tuyo. Cárgalos en un coche y llévatelos.

Yo seguiré a Campbell.

—Espera. Cuando podamos avisar, será mejor... Recuerda la amenaza de ese hombre. Si se ve acorralado será peligroso, sobre todo para Norah.

—En Norah es en lo que pienso —replicó Dan Corbett saliendo precipitadamente de la casa.

CAPÍTULO XVII

Cuando Dan recordó el detalle estaba ya en el garaje.

La voz de Campbell le llegó justo cuando estaba pensando en que no podía haber salido de allí todavía.

¡Las llaves de los coches!

Aunque todo hubiese sido una comedia, Courtaine las había quitado todas.

Campbell ordenó:

—No se acerque más, Dan y vaya a por la llave del «Jaguar». Es el que voy a llevarme... De prisa, Dan. Aquellos bastardos tienen las llaves. Que le den la del «Jaguar». No tarde.

Dan podía ver recortada en el suelo la sombra de los dos. Ella seguía delante y Campbell estaba hablando desde la espalda de Norah, que seguía encañonada y bajo su absoluto control.

El detective, siempre pensando en ella retrocedió para obedecer.

Instantes después volvía a estar dentro de la casa y buscando en los bolsillos del que primero se había hecho pasar por policía.

Extrajo las llaves que todavía guardaba.

La del «Jaguar» con el nombre de la matrícula grabado la separó. Dejó las otras sobre un mueble y salió de nuevo al exterior.

Al acercarse al garaje volvió a ver las sombras del hombre y su prisionera.

—Ponga la llave en el contacto, Dan —espetó Campbell—, sin tonterías, Dan. Ponga la llave y vuélvase a la casa.

Obedeció de medio y se separó.

Entonces Campbell ordenó a Norah a que subiera al volante. La encañonaba a la sien rozándola casi con la punta del cañón.

Se sentó a su lado.

—Ponlo en marcha, muñeca. Y procura pisar a fondo.

Norah imposibilitada de hacer otra cosa hizo lo que Campbell le ordenaba.

Pegado a la pared de la casa, Dan vio cómo el coche se alejaba en dirección sur.

Regresó a la casa y exclamó:

—El helicóptero, Saxon. Tenemos que avisar. Será el único modo de no perderles de vista.

—¿Tienes la radio?

—Sí...

—Ve por ella, yo hablaré, mientras termino de dejar a éstos bien sujetos.

Dan corrió hacia su habitación y sacó el pequeño transmisor.

Regresó de nuevo al salón y Saxon después de anudar a la espalda las muñeca de Courtaine manipuló el aparato.

—Aquí Saxon. ¿Puedes oírme, Escorpión?

Tuvo que repetir dos veces más la llamada ante la impaciencia de Dan, hasta que al fin el piloto dio la respuesta.

—Escorpión a la escucha. Hable Saxon.

—Ya conoces la situación. Ven cuanto antes a la casa. Es urgente.

—Captado, Saxon. En cinco minutos estoy aquí. ¿Dónde tomo tierra?

—Delante de la casa.

—De acuerdo.

Para Dan, aquéllos fueron los cinco minutos más largos de toda su vida.

Los dos hombres yacían en el suelo. Saxon había practicado un buen trabajo con ellos. Atados por los pies, el cabo de la cuerda llegaba hasta las muñecas sujetas a la espalda impidiéndoles los movimientos.

Ambos empezaban a recobrase, mientras Saxon salió para ir a buscar un coche.

—Voy a llevarles personalmente y avisaré de lo que ocurre.

—Gracias, Saxon.

El helicóptero apareció con su ruido característico. El viento que produjo al descender movió los bien cuidados setos del parque.

Dan ya estaba preparado para subir.

Trepó rápidamente y después de hablar con el piloto, el aparato

se puso nuevamente en marcha.

En pocos momentos el aparato volaba encima de la carretera.

—No nos acerquemos demasiado. Es mejor que vuele alto —dijo Dan.

El piloto asintió.

En la noche no era posible vislumbrar la carretera a pesar de la luna.

—¿Tiene algún plano? —preguntó el detective.

—Vea ahí si hay lo que busca —dijo el piloto señalando un departamento en la parte de delante.

Dan buscó y encontró un plano de carreteras pertenecientes a los alrededores de San Francisco.

Allí estaba Ilderville. Buscó la situación de la casa y encontró la carretera sobre la que volaban.

—No hay ningún cruce en los primeros cincuenta kilómetros. No han tenido tiempo de recorrerlos... Páselos. Será mejor que esperemos en el primer cruce. Habrá algún sitio donde esconderse y allí podremos saber la ruta que siguen.

* * *

El «Jaguar» conducido por Norah, obligada a pisar constantemente el acelerador sobrepasaba en mucho los cien kilómetros a la hora.

No fue nada extraño que en treinta minutos el vehículo llegara al cruce.

—A la izquierda —ordenó Campbell.

Ya no la encañonaba con las mismas precauciones. Norah debía estar pendiente de la carretera y bastante atareada estaba. Por otra parte el no tener a posibles enemigos delante hacía que el aprovechado raptor se sintiera mucho más confiado.

Pasaron el cruce con la misma velocidad de vértigo y poco después, Dan ordenó al piloto que siguiera. Entretanto ya había anotado los otros cruces, por lo que pensó que irían haciendo lo mismo para no perderles de vista y mantener siempre el contacto procurando que no pudieran ver el helicóptero.

Y entretanto...

Saxon en el puesto de policía de Ilderville informó de lo ocurrido y lo que estaba ocurriendo.

Mientras los agentes se hacían cargo de los dos presos que inmediatamente eran trasladados al calabozo, el jefe Felman ordenaba a través de la radio a todas las patrullas:

—«Atención a “Jaguar” blanco matrícula de California... Atención todas las patrullas de servicio a “Jaguar” blanco matrícula de California HUD 237. Comuniquen su paso y no le pongan impedimento, no le sigan. Un hombre lleva a una mujer de rehén... Repito, no le sigan ni le acorralen, pero procuren conocer siempre su posición... Atención, atención...».

Repitió la orden y volvió con Saxon.

—Bueno. Al menos una parte del trabajo está realizada. ¡Oh! Esto me recuerda que tendremos que detener a Christopher Tomlyte y a su esposa. Habrá que localizar su hotel. Voy a dar las órdenes.

—Bueno, Felman, creo que una parte de la misión ha concluido, pero no será un éxito si no se consigue rescatar sana y salva a esta muchacha...

—Se hará lo que se pueda, Saxon.

—De todos modos me gustaría estar cerca de mi amigo. Me lleva alguna ventaja, pero lo intentaré... Necesito un coche.

—Pondré uno a su servicio, inspector... Y con un buen chófer.

—No es que desconfíe de los suyos, Felman, pero cuando tengo prisa prefiero conducir yo.

Poco después, con el coche que le había sido facilitado, Saxon salía disparado por la ruta que había seguido Dan en la persecución de Campbell.

De los distintos puntos los coches patrulla se colocaron en los lugares estratégicos.

Cuando el «Jaguar» pasaba junto a cualquiera de ellos con la misma velocidad endemoniada, Campbell se volvía para comprobar si los autos le seguían.

Sonrió cuando después de pasar al primero vio que el automóvil que habían cruzado perteneciente a la policía de carreteras, seguía en el mismo lugar.

Al cruzar por delante del segundo de los autos ordenó a Norah

que aminorara la marcha para no llamar la atención.

Tampoco el coche —que ya había captado los mensajes de la central— número dos dejó su sitio.

La confianza de Campbell aumentó varios enteros. Estaba seguro de que sus amenazas habían surtido efecto.

—Se ve que ese chico te quiere mucho, ¿eh? No ha enviado a nadie detrás de nosotros. Y hace bien, porque aun lamentándolo tendría que disparar sobre ti y eres demasiado bonita.

Ahora la miraba profundamente y Norah sintió más miedo que cuando la mantenía encañonada con el revólver.

Procuró mantener fija su atención en la carretera en plena zona de curvas.

«¿Dónde quiere dirigirse?», se preguntaba la joven.

Campbell por su parte parecía haber perdido todo miedo al fracaso. Estaban ya a cien kilómetros y no había encontrado el menor impedimento.

CAPÍTULO XVIII

Eran las once y cuatro minutos de la noche.

El automóvil llevaba corriendo dos horas y veinte minutos desde que había salido de la casa de Harper.

Las noticias sobre su paso por distintos puntos iban llegando regularmente de los coches patrulla.

En el puesto de policía de Ilderville seguía el interrogatorio a los dos presos y los agentes habían localizado ya al matrimonio Tomlyte.

Todo iba bien excepto la recuperación de Norah.

—¡Atención...! —anunció uno de los coches—. El «Jaguar» se ha detenido a repostar. Campbell no ha pagado y el encargado de la gasolinera a avisado a la policía.

—Avísenlos, por favor, que no les persigan. Avísenlos —exclamó el jefe Felman.

—No tienen la radio conectada y nos llevan mucha ventaja.

El jefe Felman ahogó una maldición.

Lo mismo que Dan desde el helicóptero con el que había descendido ligeramente al pasar por un núcleo residencial cuyas luces marcaban perfectamente el trazado de la carretera.

Fue solo un momento el tiempo que estuvieron sobre la línea de puntos luminosos por la que discurría el coche fugitivo, pero bastó para qué el joven viera la proximidad del coche patrulla.

—¡Están locos! Si Campbell se da cuenta es capaz de cualquier disparate. ¿No hay forma de detener ese coche?

—Tendríamos que bajar y están muy cerca.

—¿Dónde está el próximo cruce...? Déjeme ver. —Dan consultó el mapa y señaló un punto—. Dese prisa. Nos quedaremos aquí e intentaremos detenerle.

El piloto asintió. Remontó el vuelo y aceleró la marcha del aparato.

Abajo todo era oscuridad, la carretera discurría ahora por una zona montañosa siempre en dirección sur.

El tiempo para Dan pasaba con una lentitud exasperante.

Al fin llegaron al cruce anticipándose a los dos coches.

No tardó, sin embargo, en pasar el «Jaguar». El de la patrulla iba a unos doscientos metros y hacía sonar insistentemente la sirena.

Dan había bajado del helicóptero y cuando vio los focos del coche patrulla se puso en mitad de la carretera accionando los brazos.

El conductor del automóvil quiso esquivarle.

—¡Está loco! —exclamó.

—Para, Davy, para —replicó su compañero.

Para evitar la frenada brusca, el chófer hizo que el auto serpenteara, deteniéndose prácticamente sobre Dan que tuvo que saltar y sentarse sobre el capot.

El sargento que era el que iba al lado del chófer salió como una exhalación.

—¿Es que se ha vuelto loco?

—No deben perseguir a ese coche... ¿No tienen instrucciones?

—¿De qué está hablando?

—Del «Jaguar» al que siguen. Hay una mujer dentro. Va como rehén. El que la lleva es un sujeto peligroso.

—No tenemos ninguna noticia. —E inmediatamente el sargento puso la radio y pidió instrucciones que no tardaron en llegar.

—Lo siento. Recibimos una denuncia de un puesto de gasolina.

—Procuren atajarles por cualquier otro sitio y transmitan la posición. Es importante no perderles de vista, sin acorralarle.

El sargento asintió, mientras Dan regresaba al helicóptero que momentos después volvía a elevarse verticalmente para seguir la carretera.

Allí Dan se encontró con otro problema.

Era en el cruce.

Tres carreteras convergían tomando rumbos distintos. Y el «Jaguar» había pasado ya.

—¿Qué dirección habrán tomado?

Sólo había una solución para saberlo. Volar bajo, pero esto era

más peligroso todavía que la persecución de un coche.

Extendido el mapa sobre sus rodillas, Dan hizo un recorrido mental sobre el camino que habían seguido hasta entonces.

—Sur, siempre sur con tendencia hacia el este. No hay duda de que Campbell pretende llegar a México. Sigamos —dijo al piloto.

* * *

A las cuatro horas exactas, Bradley y Courtaine firmaban su declaración en el puesto de policía.

Si los informes que Bradley en su papel de policía había dado de Courtaine no eran ciertos en cuanto a sus antecedentes, Courtaine tenía, sin embargo, un largo historial de fechorías. Era hombre sobradamente fichado y sin defensa posible admitió haber planeado junto con Bradley lo del robo de las esmeraldas.

Negó lo de los crímenes. El de Stroud primero y el envenenamiento de Harper después, pero no cabía esperar más. Raras veces los criminales confiesan. Las pruebas eran suficientes para que en juicio pudiera ser declarado culpable.

Bradley, acusado de cómplice y encubridor y los Tomlyte aún negándose a confesar su participación en el asunto de las esmeraldas, acabaron por estallar.

Fue ella. Mabel Tomlyte...

—Estoy harta, cansada... Ya no puedo más. Vivir con esta angustia acaba con mis nervios... Sí, sí... Harper era nuestro socio. Él nos lo propuso. Habló primero conmigo y me pidió que convenciera a mi marido y accedimos... Es mejor decirlo, Chris. Al fin y al cabo, ¿de qué nos ha servido todo? No hemos matado a nadie.

—¿Cómo conseguía pasar las esmeraldas, Tomlyte? —preguntó el jefe Felman.

Tras una larga pausa y ante la confesión de su mujer, Chris Tomlyte ya no vaciló en explicar:

—Dentro de sus dos máquinas fotográficas... Nadie miraba. Nadie abría las cámaras. Primero las pasó dentro de las cabezas disecadas de los animales, después no quiso exponerse...

—¿Y usted, no le hizo ninguna remesa?

—Sólo una vez, al principio, cuando estaba seguro de que nadie

sospechaba.

—¿Y cómo se las arregló?

—En un cargamento de piedras minerales. Las cajas tenían departamentos especiales...

Sí. Tomlyte ya no tenía por qué callar. Era un hombre vencido, y su esposa parecía mucho más aliviada, con la sensación de haberse quitado de encima un agobio que la martirizaba.

Felman dejó que los otros hombres de su departamento siguieran interrogando.

El, como designado especial para aquel asunto, sentía sobre sí la responsabilidad total, y ahora volvía a estar pendiente de las informaciones de la radio.

Si por un lado el asunto estaba concluido con la captura de los principales culpables, aquel asunto de Campbell llevando a Norah Bell como rehén le preocupaba en gran manera.

Pero las noticias seguían siendo las mismas, el automóvil seguía su marcha arrolladora...

CAPÍTULO XIX

Amanecía.

El «Jaguar» llevaba recorridos cerca de los mil kilómetros. En la autopista, libre de obstáculos el cuentavelocidades alcanzó la cifra de 170 kilómetros a la hora.

Era Campbell el que conducía. Norah iba a su lado rendida de cansancio. No conseguía y quería conciliar el sueño, pero tampoco podía impedir dar alguna cabezada mientras él seguía pisando con furia salvaje el pedal del gas para distanciarse.

Estaban cruzando prácticamente por el mismo San Diego, lo cual indicaba que muy pocos kilómetros más allá estaba la frontera de México, Tijuana.

El helicóptero había tenido que desviarse en una ocasión para ir a repostar, y ahora a punto de cruzar por el aire la frontera entre Estados Unidos y México, el piloto interroga con la mirada a Dan.

De pronto el automóvil tomó una carretera secundaria y se perdió entre las montañas.

—No han cruzado la frontera —dijo Dan. Luego, añadió—: Es posible que Campbell no tenga su pasaporte en regla, o tema ser descubierto.

—Pueden pasar por mar. Es fácil alquilar una barca.

—Sí... Tome tierra, intentaremos ver lo que hacen y adónde van.

Chico minutos más tarde el helicóptero levantaba una gran polvareda sobre la superficie terrosa que bordeaba las montañas que terminaban en acantilados.

Dan saltó y se llevó la radio.

—Permanezca a la escucha.

El piloto asintió y Dan corrió por entre la tierra árida e inhóspita de la zona hasta alcanzar las primeras rocas.

La carretera serpenteaba en dirección a la zona costera. Había muy pocos kilómetros y después de una carrera de dos kilómetros ya por la zona abrupta, Dan jadeante divisó desde un promontorio una coquetona zona de residencial propia para veraneo.

Casitas blancas, *bungalows*, apartamentos en un edificio en forma de rancho.

Todo moderno, parecía recién construido y poseía el encanto de las zonas marítimas que unen a la belleza natural de sus paisajes la gracia y el lujo de las construcciones modernas.

Claro que Dan no estaba para mirar ni la belleza panorámica ni la buena conjunción arquitectónica.

Allí estaba el lugar y en algún punto debía encontrarse el «Jaguar».

Siguió a pie dejando la carretera para enfilar por un paseo bordeado de cactus gigantes. El camino era más corto y resulta más fácil pasar inadvertido.

Anduvo unos quinientos metros hasta encontrarse situado en un plano bastante elevado sobre la pequeña ciudad veraniega, pero desde allí podía dominar una gran parte de su centro.

Eran las seis de la mañana y las calles estaban desiertas, aparte de que en los primeros días otoñales esta clase de sitios quedan prácticamente vacíos.

Volvió los ojos hacia la playa. Tampoco había nadie. Entonces miró la escalinata que permitía descender desde donde se encontraba hasta la plaza que venía a ser el centro de la población.

Fue entonces cuando fugazmente, por una calleja vio pasar el «Jaguar».

Aceleró el paso. Descendió a zancadas los escalones hasta plantarse en la plaza. De allí corrió en línea recta hasta la primera calle. Allí había visto el «Jaguar».

No estaba, pero ahora tenía al menos la seguridad de que no podía encontrarse muy lejos.

Sus pasos resonaban sobre la piedra de la acera cuando avanzaba con rapidez y los sentidos en tensión hacia la esquina inmediata.

Estaba ya en la zona de la playa.

Dobló la esquina y siguió hasta el final.

Antes de cruzar la calle siguiente se detuvo y asomó ligeramente

la cabeza.

«Ahí está», exclamó en su interior.

El «Jaguar» se hallaba bajo un porche que servía de aparcamiento, pero que solamente cobijaba al coche.

Delante había un chalet de estilo mexicano. Era una construcción grande y costosa.

No había otra en los alrededores. Por lo tanto... ¡Tenían que estar allí!

Lentamente se acercó hasta el «Jaguar» y en cuclillas, agazapado miró hacia delante.

La casa permanecía con los pórticos de las ventanas cerrados, de modo que no era posible ver el interior.

Dan cruzó la calle a grandes zancadas.

Se detuvo frente a la casa y pegándose a la pared avanzó hasta llegar a la puerta.

Junto a la hoja quedó a la escucha durante varios segundos.

No podía percibir ningún ruido, pero sabía que estaban allí. No podían estar en otro sitio.

Dio un rodeo a la casa para buscar cualquier otra entrada.

Encontró otras dos puertas, pero igualmente parecían cerradas a cal y canto.

Regresó al coche y se puso a pensar.

* * *

Dentro de la casa, cuyos muebles cubiertos con lienzos blancos para protegerlos del polvo demostraban que sus moradores veraniegos habían dado por terminada su estancia de temporada, Norah agotada como estaba se derrumbó sobre un sofá.

Campbell la observó un momento y dijo:

—No intentes escapar. Todas las puertas están cerradas con llave. Y si gritas, aquí no te oirá nadie. Porque el pueblo está vacío. ¿Comprendes? Completamente vacío. Hay un bar o dos en la playa, pero no abren hasta más tarde, así es que si pensabas gastar fuerzas, ahórralas. Más vale que descanses.

Sonriendo dejó el envoltorio de cuero con las esmeraldas y se dirigió hacia un teléfono.

—Bueno... Dije que no había nadie. Hay una persona. Una sola,

pero está de mi parte. Me estaba esperando.

Ella escuchaba en silencio, sin replicar, mirándole a hurtadillas, cansada, deseosa de terminar aquella pesadilla.

Campbell marcó un número de teléfono y esperó unos instantes con el auricular pegado a la oreja.

Alguien contestó del otro lado del hilo.

—Turner... Soy yo. Sí... ¿Tienes la lancha preparada? De acuerdo. Sí... Tengo el coche... Sí, sí, con gasolina, pero ya no vamos a necesitarlo, sólo para llegar al embarcadero. Está bien. Te espero dentro de media hora. Adiós Turner.

Colgó y se volvió de nuevo hacia la muchacha.

—Turner. Un gran amigo. Me va a proporcionar una lancha rápida. Nunca van a encontrarme, preciosa... Me gustaría llevarte conmigo, ¿sabes? Esas piedrecitas valen una fortuna. Y Courtaine quería dármele con queso. Dejé que lo planeara todo con sus compinches. ¿Por qué no? Ellos hicieron el trabajo, liquidaron a Harper y me lo dieron todo hecho...

—Es usted muy listo —murmuró ella.

—Sí, nenita... Más de lo que Harper supuso. Si me hubiese tratado bien, tal vez le habría informado de los planes de Courtaine... Bueno, no sé... En realidad nunca me han gustado las migajas. Yo quiero o todo o nada. Y ahora todo va a ser para mí.

—¿De quién es esta casa? —preguntó ella mirando en torno.

—¿Para qué quieres saberlo? ¡Oh, ya! Para informar a tu amigo, ¿eh? No importa, no servirá de nada... Turner se encarga de hacer que la limpien durante el invierno. Ésta y muchas otras, por eso tiene la llave. Pero va a dejar el empleo. Nos iremos juntos, así es que ya puedes chivatarlo a quien quieras, cuando consigas hablar con alguien, Turner y yo estaremos lejos, muy lejos.

Ella no volvió a replicar, pensaba solamente en que si su raptor no mentía dentro de media hora todo habría concluido.

Pero...

CAPÍTULO XX

El hombre vestía un jersey oscuro de marino, cuello alto y usaba gorra de plato.

Andaba con paso ligero por la calle en dirección a la casa de estilo mexicano.

El pantalón oscuro algo gastado parecía denotar un constante quehacer cerca de la mar.

Al pasar junto al «Jaguar» lo observó unos instantes. Luego, cruzó la calle y se plantó a la puerta de la casa. Llamó con los nudillos.

Entretanto, Dan había conseguido escalar el muro valiéndose de la única parte de la casa que los ladrillos le sirvieron de improvisada escalera.

Desde el techo, Dan podía ver el típico patio mexicano abierto en el centro de la casa, formando un jardín interior.

Se descolgó por el tejado y flexionando las piernas se dejó caer en un parterre.

La tierra amortiguó el ruido de la caída, y enseguida, el joven corrió hacia un extremo buscando el lugar por donde colarse.

Las puertas que confluían en el patio estaban cerradas. Habían también varias ventanas y Dan tuvo que aplicarse a la tarea de comprobar si por alguna de ellas podía entrar.

No tuvo suerte, una a una todas parecían estar fuertemente cerradas y atrancadas.

Debía darse prisa si quería atrapar a Campbell y a su nuevo cómplice, porque éste volvió a llamar nuevamente a la puerta usando los nudillos.

Campbell se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Eres tú, Turner?

—Sí. Abre —susurró el otro desde fuera.

Campbell quitó el doble cerrojo y luego dio dos vueltas a la llave hasta que la puerta quedó abierta.

La hizo girar lentamente y su rostro expresó la satisfacción propia de quien está a punto de ver colmadas sus esperanzas.

Aquella risa, sin embargo, se trocó en sorpresa primero y en sobresalto después.

Sus ojos alegres se enturbiaron. Su faz risueña dejó paso al pasmo, a la contrariedad y basta al miedo.

El hombre que tenía ante él, si por la vestimenta y visto con la gorra calada podía tener un cierto parecido con Turner, en realidad no era él, sino otro al que Campbell conocía perfectamente.

Y ahora aquel hombre que le había llenado de estupor le estaba encañonando con un revólver.

—No... No puede ser... Usted...

—¿Te sorprende verme, Campbell?

—Pero... señor Anaconda... Usted...

—Yo, sí. Llevaba años queriéndome cobrar la estafa que Harper me hizo. No era solamente el dinero. Me creyó un cretino y aún me consta que para sus adentros se reía de mí. Era cruel y despiadado... Merecía que alguien le diera una lección.

—Pero usted... No podía saber...

—Cuando tú planeaste esto, Campbell, anduviste buscando a alguien que te llevara en una lancha. Estuviste en varias calas y puertos, y fui yo quien te puso a Turner en tu camino. Sí, Campbell, tienes, un defecto que cuando bebes hablas por los codos, una palabra de aquí y otra de allí fue captada por Turner... Turner trabaja para mí y le pago bien para que no me traicione... Sabía que tú planeabas algo y enseguida supuse que se trataba de las esmeraldas. Como es natural lo bueno lo codicia todo el mundo, pero es sólo para los elegidos.

Había pasado dentro y no dejaba de encañonar a Campbell todavía no repuesto de la sorpresa.

Jactándose de su inteligencia añadió:

—Tú mismo me has traído el botín. Esto es lo bueno de los que pensamos con la cabeza.

—¿Cómo ha podido llegar tan pronto? —Sólo se le ocurrió preguntar a Campbell.

—Perdiste mucho tiempo en la casa sin duda alguna y así yo pude cogerte ventaja, la suficiente, ¿comprendes?

Miró a la chica y murmuró:

—Llevarse a chicas como rehén es un recurso muy pobre... En fin, no quiero perder más tiempo. Dame las esmeraldas. Luego, voy a encerrarte. No hagas mucho ruido ni rompas demasiadas cosas, pues te las harán pagar. En cuanto a usted señorita, mis respetos.

Extendió la mano y reclamó:

—Las piedras.

Desde el otro lado de la mesa, Campbell las tomó y se las entregó de mala gana.

Fue entonces cuando Norah soltó una carcajada.

Los dos hombres se volvieron sorprendidos, aunque Anaconda no se dejó sorprender y mantuvo los sentidos en tensión.

—¿Puedo saber a qué obedece su risa? ¿Encuentra algo jocoso en todo esto?

—Más de lo que suponen... Se han estado peleando como perros por hueso...

—Esto es algo más que un hueso...

—Es menos que un hueso señor Anaconda... Porque no vale nada.

—¿Qué dice usted? —inquirió James Anaconda parpadeando.

—Son falsas. Las esmeraldas son completamente falsas. Dan las cambió...

Ávidamente Anaconda aflojó los cordones de la bolsa de cuero y dejó caer algunas piedras sobre la mesa.

—No... No puede ser, parecen auténticas.

—Lo parecen. Claro. Pero usted no es un experto, ¿verdad? Usted sabe que son esmeraldas... Lo cree porque se lo han dicho y las acepta, pero si las lleva a cualquier joyero se partirá de risa como yo... Esto es lo bueno. No quería decir nada, pero ya no podía más... Su imbecilidad, señores, llega a grados insospechados.

Anaconda bajo aquellos ropajes tan distintos a la elegancia con que Norah le había conocido, pareció estremecerse. Volvió a tomar otra de aquellas piedras y manteniéndola en la palma de la mano la estuvo mirando un buen rato.

—Sin embargo... Ese brillo.

—Es lo que les ha engañado a todos, señor Anaconda —replicó

ella—. Todos han picado el anzuelo.

El hombre dejó la piedra sobre la mesa como si se tratara de algo que quemase.

Luego, lentamente los colocó dentro de la bolsa.

—Me los llevaré de todos modos —dijo.

—¡Oh, sí! —exclamó ella con aire triunfal—, convénzase... Sus amigos le van a hacer un monumento.

Anaconda había cerrado la bolsa. Ella tenía razón, admitió. El, no entendía en piedras. Para sus adentros aquellas piedras eran buenas y como tales las había cogido. De repente se enteraba del cambio y su desconcierto estaba más que justificado.

Durante aquel momento de duda, de pausa y de silencio ocurrió otra cosa que de momento nadie podía prever.

Sonó el estrépito de unos cristales rotos.

Todos se volvieron hacia el punto de donde había surgido aquel fragor característico.

No había nadie. Al menos en apariencia, sin embargo, de pronto, de un rincón entre la penumbra de la estancia, debido a que los pórticos seguían cerrados y la única iluminación provenía de una puerta lateral, rejada y cubierta con un cristal translúcido, surgió un hombre.

Dan.

—¡Dan! —gritó ella.

Haciendo caso omiso del revólver de Anaconda, incluso ignorándolo se lanzó contra Campbell, derribándolo en su acometida.

Lo levantó de un manotazo y comenzó a golpearle. El otro retrocedía acusando los golpes en el rostro, la barbilla, el pecho, el abdomen.

—Todo esto por la angustia que he vivido durante esas horas.

Se ensañó vivamente con el joven hasta que cayó extenuado.

Jadeante, pero sin haber recibido ningún golpe, Dan se sacudió las manos. Miró unos instantes la figura maltrecha de Campbell en el suelo, y hasta entonces no reparó en Anaconda que dirigía su revólver hacia él.

—¡Vaya! Esto es ir de sorpresa en sorpresa.

—Dese la vuelta y levante las manos, Dan... Quiero registrar sus bolsillos.

De mala gana, Dan obedeció.

Anaconda tanteó y encontró un revólver, se lo quitó guardándoselo entre la camisa y el pantalón.

De otro bolsillo extrajo por fin una bolsa de cuero parecida a la que había sobre la mesa, pero quizá algo más grande.

—¡Vaya! ¿Y las llevaba encima? Gracias, amigo. Es exactamente lo que quería.

—¡Las esmeraldas! —exclamó el—. No puede hacer esto... Son de la compañía. Démelas o le pesará.

Ahora fue Anaconda el que reía, manteniendo siempre el revólver con toda firmeza.

Retrocedió hasta la puerta y murmuró:

—Ahora quietecitos los dos... Voy a salir de aquí... Van a quedar encerrados. No me importa que cuando consigan salir me denuncien, yo ya estaré a cubierto de la policía de mi país... Señores, muy buenos días.

Eran las seis y cuarenta minutos de la mañana. La calle seguía igualmente desierta. Los pasos de James Anaconda se alejaron calle abajo resonando al pisar y luego al cruzar la calzada.

Anaconda se dirigió hacia el «Jaguar» para huir.

* * *

Campbell seguía en el suelo, los golpes recibidos habían sido suficientes para quitarle la conciencia por algún rato, sin embargo, para asegurarse de que no molestaría, Dan le quitó la cuantiosa artillería, formada por tres revólveres que guardó en distintos bolsillos de su traje.

Ella había corrido a abrazarse al joven que estaba explicándole cómo la había estado siguiendo en helicóptero.

Tras tres o cuatro minutos durante los cuales ella sólo tenía ojos para mirarle y manos para acariciarle, Norah reaccionó:

—¡Dan! ¡Las esmeraldas!

—Sí...

—Yo tengo la culpa, Dan. Anaconda se llevaba las falsas y yo para ganar tiempo le dije que eran falsas.

—Le facilitaste una buena pista. Es cierto.

—¡Va a escapar! ¡Oh, Dan! Por mi torpeza lo he echado todo a

rodar.

—Te equivocas —sonrió él.

—Pero Anaconda escapa.

Dan miró hacia la ventana y sonrió.

—Tendrá que escapar corriendo porque quité la llave del coche. Es un truco muy eficiente.

El fugitivo, dándose cuenta intentaba apearse del auto.

Sin andarse con rodeos, Dan disparó contra el cerrojo de la puerta principal que cedió.

Salíó a la calle en el momento en que Anaconda ya había conseguido salir, pero el revólver empuñado con firmeza por Dan lo impidió.

—Quietecito, James Anaconda... En la vida unos ganan y otros pierden. Hoy le ha tocado a usted. Lo siento...

Anaconda le miró furioso. Había perdido su aplomo para convertirse en un manojo de nervios.

Sin dejar de encañonarle sacó su radio transmisor del bolsillo y transmitió con el helicóptero.

—Que vengan a buscamos, por favor. Ahora sí que el asunto está totalmente resuelto. Toma nota de las señas. Es aquí mismo.

El piloto captó la orden y subió al aparato. Poco después se elevaba por los aires en dirección a la casa que Dan le había descrito.

No tardó en aparecer por el aire. Dan agitó la mano.

—Bueno —dijo contemplando al que seguía tumbado en el suelo —. No hay duda de que éste va a pasar un viaje de regreso sin enterarse de nada. Écheme una mano —añadió dirigiéndose al piloto.

Entonces apareció el coche.

Era uno de los más potentes de la policía. Al volante iba Saxon.

Los dos amigos se saludaron.

—Sólo hace cuarenta minutos que he llegado... ¿Cómo te las has apañado? —exclamó Dan.

—Bueno. Corriendo a base de bien, igual que tú. Sólo he podido recuperar veinte minutos de la distancia, que me llevabas... En fin... ¿Buena caza?

—Los restos, Saxon. Esto son sólo los restos. Vamos, Anaconda, suba usted.

El aludido hundió una mano en su bolsillo y extrajo la bolsa de cuero.

—Tome, Dan. Usted gana.

—¡Oh, no! Guárdelas como recuerdo, Anaconda.

—¿Bromea?

—Digamos que sufrió usted un error. Las auténticas eran las que se llevaba.

Anaconda cerró los ojos un instante. Apretó los dientes y sus puños se crisparon.

—Verá... Cuando descubrí las esmeraldas en el escondite de Harper, me traje otras para cambiarlas en el momento oportuno, pero no tuve ocasión de hacerlo y allí continuaban siendo las auténticas cuando las robó Courtaine. A ellos también les hice dudar sobre el particular...

—Ya decía yo que aquel brillo...

—Lo que ocurre, señor Anaconda es que no entienden.

—Es lo que yo les dije —adujo Norah.

Dan la miró un momento y exclamó:

—¿Pero tú lo sabías?

—No, querido. Tampoco soy especialista en esmeraldas —replicó ella—. Fue un tiro al azar.

—Cuando quiera robar algo, Anaconda, si es que cuando salga de la cárcel le quedan todavía ganas de ello, procure hacerlo con algo de lo que entienda... Anda, vamos Saxon. Creo que en conjunto hemos hecho una buena limpieza.

—La reunión completa, Dan... Un buen trabajo.

Poco después el helicóptero se ponía en marcha rumbo a Ilderville. Allí quedarían los dos últimos granujas de aquel singular caso.

EPÍLOGO

—Deberías trabajar para la Interpol. Piénsalo, muchacho —sonrió Saxon al despedirse al pie del avión.

—¡Oh, no! —respondió Norah que también había ido a despedirle.

—Bueno, cuando hayas gastado tu parte de la recompensa, quizá reconsideres mi consejo.

—Estoy bien como estoy, Saxon... Me gustan los trabajos sencillos.

Saxon sonrió, apretó las manos a los dos y añadió:

—Bueno. Si alguna vez vais por París... Cuando me dejan tengo allí mi residencia habitual.

Avanzó hacia la valla para dirigirse al avión que esperaba.

—¡Ah! Me ha dicho Felman que ya han encontrado el cadáver de Stroud. Estaba enterrado junto al pabellón.

—No hable más de cadáveres —pidió ella con un mohín de fastidio, pero sin perder la sonrisa.

El de la Interpol agitó la mano. Ellos ya no le miraban porque de repente se habían vuelto el uno hacia el otro, y Dan murmuraba:

—Querida, tú y yo tenemos que hacer algunos planes, ¿no crees? Ahora voy a cobrar bastante dinero.

—Sí, Dan, haremos los planes que tú quieras —replicó Norah.

La gente iba y venía. El aeropuerto era un continuo trasegar de viajeros, pero para Dan y para Norah en aquellos instantes todos los aviones del mundo se habían detenido.



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.